

ISSN: 0718_5278

Revista de la Escuela de Arquitectura
de la Universidad de

TALCA



UNIVERSIDAD DE
TALCA

Número 2; junio de 2008



Revista de la Escuela de Arquitectura
de la Universidad de

TALCA



Número 2, junio de 2008

%&

.& \$/0

2

Revista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca

ISSN: 0718-5278

Representante Legal:

Dr. Juan Antonio Rock Tarud

Director:

Juan Ernesto Roman Pérez

Editor:

Escuela de Arquitectura. Universidad de Talca.

Consejo Editorial:

Oscar Bustamante Urcelay

Javier Fernández Castro

Pedro Gandolfo Gandolfo

Antonio Gil Iñiguez

Dr. Carles Llop i Torné

Dr. José Luis Ramírez

Dr. Álvaro Rojas Marín

Cazú Zegers García

Dirección:

2 Norte 685, Talca

.&& \$/D/O

Los juicios vertidos por los autores en sus artículos son de su exclusiva responsabilidad y no representan necesariamente la opinión de la institución que edita esta revista.

2 2

Número 2. Junio de 2008.

Configuración general:
Héctor Labarca Rocco

Fotografía:
Héctor Labarca Rocco

Edición de textos:
Mario Verdugo Arellano

Impresión:
Imprenta Contacto. Talca, Chile

La Revista de La Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca
aparece dos veces al año

Índice

Editorial	XXX
Escrito 1	
CIUDAD VALLE CENTRAL	XXX
Juan Román	
Artículos	
VALLE CENTRAL: IMAGINARIOS, INTERPRETACIONES, ENSOÑACIONES	XXX
José Bengoa	
TEXTURING	XXX
Eduardo Castillo	
EL VALLE CENTRAL (PASADO, PRESENTE Y FUTURO), HASTA LA VISTA BABY!	XXX
Alferdo Jocelyn-Holt	
MARIPOSAS	XXX
Andrés Maragaño	
TIERRA DEL VALLE CENTRAL DE CHILE	XXX
Justo Pastor Mellado	
LA INVENCIÓN DE TERRITORIOS	XXX
Ed Van Hinte	
Escrito 2	
HAY QUE SABER MIRAR	XXX
Juan Diego Spoerer	
Instrucciones a los autores	XXX

Editorial

Entre dos miradas

El año 2007, Televisión Nacional de Chile exhibió *La recta provincia*, una serie de Raúl Ruiz que transcurría en el paisaje del Valle Central, y que por lo tanto ponía en relación un nombre, un territorio y un lenguaje.

En el Valle situaba Ruiz a sus personajes Rosalba y Paulino: ella protegiéndose del sol con un paraguas negro, él cargando una maleta de cuero, ambos cantando el himno nacional mientras caminaban por una huella extraviada entre los amarillos cerros de la Cordillera de la Costa. Así se lo contaban Rosalba y Paulino a la Virgen María: habían bebido el agua del olvido, habían perdido la memoria, y ahora intentaban recuperarla.

No ha de ser por nada que Ruiz localiza en el Valle Central de Chile a eso que por interés o desinterés sigue persistiendo como provincia. Y tampoco ha de ser por nada que aquel paisaje soporte de tan buena manera los diálogos de una obra cuyo lenguaje surge de la reordenación de lo cotidiano.

Si el Valle es hoy nuestro objeto de reflexión, la alusión a la serie de marras resulta claramente eficaz. Instalamos, nosotros, un espacio entre dos miradas: una de escala planetaria, que indaga en los roles globales del territorio, y otra de escala más íntima, que surge desde una pequeña bolsa de polietileno con tierra en su interior. La construcción de Ruiz, por su parte, tensiona la linealidad del espacio definido para llevarlo hacia un plano de complementariedad entre geografía y cultura: espacio que da cabida a un millón 800 mil habitantes, entre las dos cordilleras, y entre Angostura de Paine y el Bio-Bio; un espacio donde el régimen de temperaturas extremas, la ligazón con la tierra y la fuerte presencia fluvial son factores igualmente gravitantes. Necesidad, entonces, tanto de una mirada capaz de instalarse a diversas distancias del objeto, como de una mirada múltiple, colectiva, que conjugue puntos de vista heterogéneos y llegue a inspirar nuestra reflexión o tan sólo un simple parafraseo de Paulino, el inolvidable personaje de Ruiz: esa cantinela del Valle Central me dice algo. ¿Me dice qué? Sepa Moya. Sepa Moya también me dice algo. ¿Qué es ese algo? Vaya uno a saber.





Ciudad Valle Central

Discurso Inaugural

Exposición Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago, Chile.

Diciembre de 2003

Hace un par de años una periodista me consultó por Ciudad Valle Central, y al explicarle yo en qué consistía, me dijo que de ser así, tal como yo lo decía, se trataba nada más que de una idea.

Desde luego, Ciudad Valle Central es una idea, una idea de futuro para pueblos y ciudades del Valle Central de Chile, que considera a la renovada carretera 5-Sur y al ferrocarril Santiago-Chillán-250 minutos, como los potenciales detonantes de una nueva estructura urbana de escala territorial, caracterizada por la complementariedad de funciones entre las ciudades y pueblos que se ubican en el valle, desde Rancagua hasta Chillán.

Esto constituye a la movilidad como base del sistema y esa movilidad queda definida a partir de atractores y facilitadores. Los atractores son aquellos elementos programáticos, urbanos o paisajísticos que nos hacen desplazarnos de un lugar a otro porque nos atraen, en tanto que los facilitadores son aquellos elementos de infraestructura que permiten nuestro desplazamiento. Así, no sólo *se puede* ir de San Carlos a San Fernando, sino que además *se quiere* ir de San Carlos a San Fernando.

Si no se contara con la carretera y el ferrocarril, esta propuesta tal vez sería un disparate, pero lo que de veras resulta disparatado es que esa infraestructura disponible se ocupe únicamente para ir de San Carlos a Santiago, de San Fernando a Santiago, de Pelluhue a Santiago, de Chimbarongo a Santiago.

Asumiendo que Santiago es el gran atractor nacional, se pretende que cada ciudad del valle sea un atractor en sí mismo, algo análogo a lo que ya ocurre con Rancagua, ciudad a la que su nueva medialuna le ha otorgado una connotación distinta y, por lo demás, también un importante incremento de su actividad económica.

A la usanza del ejemplo rancagüino, debiera propenderse igualmente a una ciudad que privilegiara la cultura, otra que privilegiara la diversión, y otra la salud. No porque sí, no por mero capricho, sino para mejorar la calidad de vida de las personas que ahí habitan, incorporando a la economía regional los dineros que hoy se llevan fatalmente a Santiago.

De eso trata este libro. De apenas una idea.

Se sigue que el comentario de la periodista no me quita el sueño. Creo que el rol de los arquitectos que trabajamos en la universidad se vincula con el estudio y con la reflexión, para generar desde esa reflexión las ideas que conlleven la condición de lo nuevo. Creo que eso es lo que la sociedad espera de las universidades públicas de nuestro país, y que son otros los agentes -periodistas, políticos, autoridades y empresarios- los encargados de llevar adelante esas ideas.

Y estamos ahora en el Museo Nacional de Bellas Artes, con nuestra idea concebida e impulsada en la provincia fértil y polvorienta.

Agradezco a Milan Ivelic, director del Museo Nacional de Bellas Artes, el poder presentarme aquí, en un edificio que por magnífico da lugar a una reflexión que considero del mayor interés: el Museo es una de las obras que formaron parte de la celebración del primer centenario de nuestra independencia, junto con la Estación Central, el Mercado Central y los Tribunales de Justicia. Hasta cierto punto, contrasta la visión de Chile que se tenía en ese entonces con la visión que se tiene hoy, cien años después. Aquélla concebía un país determinado por edificios emblemáticos, emplazados todos en Santiago: la capital. La visión contemporánea, la del bicentenario, quiere esta vez alcanzar a todo el país, con intervenciones urbanas también emblemáticas en nuestras principales ciudades; intervenciones que, igual como antaño, buscan contribuir al mejoramiento la calidad de vida de las personas, alentando o reforzando de paso la construcción de la nación.

Esto, dicho en términos simples, significa que en cien años se pasó de la escala del edificio a la escala de la ciudad.

Nuestra idea, sin embargo, habla de otras escalas.

Ciudad Valle Central es una alternativa al modelo de crecimiento de la ciudad latinoamericana caracterizado por el desarrollo en extensión, un modelo que implica los problemas propios de la marginalidad que tanto nos afectan. Si esta ciudad modélica, extendida, convierte en ciudad al territorio, lo que estamos aquí planteando es precisamente lo inverso: transformar en territorio a la ciudad: una ciudad con un gran número de habitantes emplazados en el

paisaje, con densidades puntuales entre los cultivos que constituyen su base económica. No tardamos en percatarnos que nos quedábamos cortos, pues una ciudad de esa magnitud, concebida a partir de una identidad tan clara como la del Valle Central de Chile, estaba destinada a constituirse en una región del mundo, y nosotros, los de la provincia fértil y polvorienta, mirábamos y pensábamos aún desde nuestra más o menos restringida perspectiva.

Tal es la razón por la que convocamos a Winy Maas.

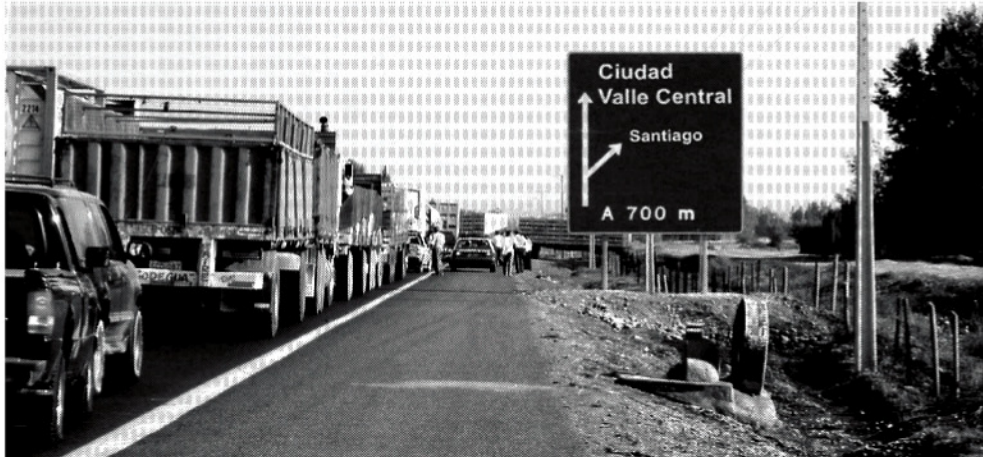
La oficina MVRDV a la que pertenece Winy, es capaz de aportarnos la visión que el mundo puede tener de nuestro Valle Central, una visión imprescindible a la luz de los convenios de libre comercio que recientemente ha suscrito nuestro país.

Hasta hace unos días me extrañaba de una aparente contradicción: mientras el país está pensando el Chile del futuro a la escala de la ciudad, nosotros, los de la provincia, lo comenzamos a pensar a la escala del territorio.

Ernst Junger, el filósofo alemán muerto en 1998, habla de la emboscadura, del emboscarse, del irse al bosque, y define al emboscado "como la persona que prefiere la libertad a la coacción mediática". De este modo, "el bosque, como símbolo, es la patria de la persona libre que decide vivir por sus propios medios, de la persona de acción que opera sin ser percibido, del que tiene una estrategia, del que sabe cuando actuar, del que comprende los procesos, del que sabe esperar, del que sabe qué esperar".

Y bueno, creo que estamos en eso, puesto que el emboscamiento que Junger plantea como una opción, es para nosotros, los de la provincia, una condición. Me parece que es por ello que Ciudad Valle Central tiene la forma que tiene.

Han sido tres años de mucho trabajo para los alumnos y los profesores de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca. Como dice Junger, "emboscarse o huir, aislarse en los bosques, no es un acto romántico ni idílico", y eso es algo que en Talca, de seguro, todos sabemos muy bien.



Juan Román

Arquitecto (UV) y Master en Desarrollo Urbano y Territorial (UPC)
Director de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca
desde su creación en 1999.
Correo electrónico: jroman@utalca.cl





Valle Central

Imaginarios, interpretaciones, ensoñaciones

José Bengoa

Chile, el país, su sociedad y el Estado, se construyó sobre los imaginarios del Valle Central, sus paisajes y su gente. Sin duda un lugar maravilloso. La Cordillera siempre presente, en invierno y primavera nevada, los ríos que corren torrentosos, pequeñas planicies verdes, esos "campos de flores bordados", y la Cordillera de la Costa, seca, parca, ascética, con los espinos que cuando florecen, amarillos, llenan de olores el recuerdo y la nostalgia.

Durante la mayor parte de su historia el territorio que ocupaba nuestro proyecto de sociedad y luego de República, no pasaba de ser una faja angosta que entre mar y cordillera comenzaba en los valles transversales del Norte Chico y terminaba cuando más en el Bío Bío, dejando enormes espacios vacíos en el medio. Al independizarse de España, Chile es, en términos territoriales realmente ocupados, según nos recordó Armando de Ramón, el país más pequeño de América Latina, incluyendo al Uruguay. Por algo "todos nos conocemos", dicen o decían los que nos visitaban. Una gran familia,

soñaron algunos. Por algo también este espíritu nacional/nacionalista, tan arraigado. Una isla en el extremo sur. "La copia feliz del Edén". En el Valle Central surgió el imaginario del "pueblo", de lo que el país es y sería como sociedad y cultura. El contenido profundo y no siempre declarado de este concepto tan complejo de analizar, surge de la experiencia de contacto y vida en común experimentada en los pequeños pueblos y haciendas del Valle Central durante siglos; en la homogeneidad étnica, real o atribuida, en la homogeneidad religiosamente católica de su gente, en los rituales festivos y el gusto de sus comidas, el vino que alegra el corazón, las guitarras y todo eso que constituye en definitivas cuentas "la cultura" o la así denominada "cultura chilena". Ese era "el lugar sin límites". No habría habido país real sino hubiese existido un imaginario de un pueblo, realmente existente. Y ese, el único que existía en este territorio, era el que habitaba el Valle Central de Chile. Ese Pueblo (del Valle Central) era (a: Etnia) "de origen blanco español", a lo

más mestizo, (b: religión) rezaba al Dios católico, a la Virgen y sus santos, y (c: lengua), hablaba el castellano. Así como los norteamericanos hablan del WASP (White, anglo saxon, protestant) como identidad constitutiva, en Chile podríamos decir que el imaginario allí construido fue el BMCC, "blanco/mestizo, católico, castellano". Todo pueblo tiene un imaginario acerca de su etnicidad, de lo que Clifford Geertz denomina sus "*Primordial ties*". Y qué duda cabe que este "lazo primordial" ("lo que nos une...") se construyó en el Valle central chileno y dio origen a lo que somos como pueblo, al reconocimiento mutuo, a esa solidaridad mínima que sin la cual no se construyen ni las naciones ni los Estados. Con todo lo bueno y lo malo que ello implica. Con todo lo falso que puede ser, hoy en día. De eso quisiera escribir en esta noche.

Los orígenes

La temprana extinción de los indígenas del Valle

Central es el primer hecho a marcar. No pasaron muchos años desde que llegaron los hispanos y la población indígena fue diezmada. Trabajo en las minas, huidas hacia la frontera de guerra, pestes, malos tratos, también guerras y rebeliones, en fin, el Valle Central se convirtió en un territorio vacío. Hay un mapa del siglo diecisiete que muestra en forma detallada lo que existía como poblaciones y habitantes entre Santiago y Talca, y sólo eran unos cuantos ranchos que servían de apoyo a los pocos viajeros que por allí se aventuraban.

El territorio del Valle Central fue reconstruido por los nuevos habitantes de esta colonia que comenzó a llamarse "Chile", una vez ocurrida la primera hecatombe. Alrededor del 1600, cincuenta años después de arribados, Ginés de Lillo comienza a medir las tierras y entregar las "mercedes" que se constituirán pronto en las haciendas. Esta institución diseñará el paisaje del Valle Central, ordenará el territorio, lo renombrará –dejando en algunos casos los rumores de los nombres indígenas-, formará a la

población, enredará familias con familias, peones con peones, patronos con patronos y no pocas veces patronos con peones. Desde temprano la *"atracción sexual generalizada"*, será la base cultural sobre la que se levantará el mestizaje y su imaginario: somos todos iguales, se dijo, se pensó y a veces, se actuó. Hijos de inquilinos y patronos jugando juntos cuando niños, como reza la mitología tantas veces cantada en canciones un tanto kitsch.

Ya en los últimos tiempos de la Colonia se había ido formando esta idea común de homogeneidad de los habitantes que vivían en el territorio/isla del Valle Central. En 1778, el Censo de Jáuregui describe a la población del Valle Central, en ese tiempo Obispado de Santiago, como de "190.919 blancos o descendientes de *raza europea más o menos pura*", lo que es una *"autoclasificación prestigiosa"*. Se reduce, consciente o inconscientemente, el concepto de "mestizos" en el Censo a la cifra de 20.651, confinándolos probablemente a aquellos que vivían en los bordes de la sociedad, en los arrabales, en condiciones de marginalidad podemos decir hoy día. Pensemos que a la mayoría no se le exigía "pureza de sangre". Un cierto olor a discriminación social/racial, se percibe ya en esta distinción. Probablemente de allí surgirá la idea de "roto", que será determinante en el siglo XIX. A ello se agregaba la clara distinción de la existencia de 22.568 indios y 25.508 negros. Al finalizar la colonia en el Valle Central de Chile, casi doscientos mil blancos se sobreponían a sesenta mil personas clasificados entre mestizos, indios y negros. El imaginario voló lejos. Los indios del Valle Central desaparecieron primero del imaginario nacional y luego en forma práctica, en la primera mitad del siglo diecinueve, se fueron mezclando con la población haciéndose indistinguibles. Quedaron para siempre los nombres de los "pueblos de indios" coloniales allí estampados, Pomaire, Rari, San Vicente de Tagua Tagua y tantos otros. Los negros y mulatos, que no eran pocos, también fueron transformándose en "negritos", "morenos y morenitas" y el apelativo seductor de "mi negra", "negrita",

motes cariñosos que acarician los pigmentos de la piel sin establecer distinciones definitivas ni discriminatorias.

La consolidación

La revolución e instalación republicana se realizó sobre el territorio del Valle Central. Al norte de San Felipe y Los Andes no pasó nada y al sur del Bio Bio sólo la afamada Guerra a Muerte que unió a los "araucanos" con las tropas realistas arrancadas de las batallas del centro. El Estado de Chile se construyó en los hombros de la sociedad que existía en el Valle Central, con perdón y respeto a la tesis del profesor Mario Góngora. No es el Estado el que construye la sociedad del Valle Central. Esta sociedad ya estaba constituida. Existían las propiedades hacendales, los pequeños pueblos y villorrios, relaciones de poder establecidas, sociabilidad, sentido de la solidaridad, fiestas y ceremonias, en fin, todo lo que se conoce como vida social. Esa conciencia temprana de "ser de alguna parte" ya la había expresado el Abate Juan Ignacio Molina cuando treinta años antes había sido expulsado a Bolonia con los jesuitas. Como en todas partes, los exiliados son los primeros en reconocer su identidad y pertenencia. Molina se dirá "chileno", uno de los primeros en decirlo, y reconocerá en el paisaje talquino, el "ecumene" propio de su raigambre. Góngora tendrá razón en el sentido que el resto de la sociedad chilena, la que no pertenece al Valle Central, si fue construida por el Estado.

Antes que existiese el *"Estado del Valle Central de Chile"*, ya había una elite, una clase dominante. Es la que hace la revolución. Prueba de la existencia de una sociedad es que esta clase logra acarrear a las batallas a la peonada, a los campesinos, en fin, a los habitantes. Incluso a los mestizos, que como los Neira, oficiaban de bandidos en los márgenes de la sociedad de la época.

Pero esta elite tenía múltiples cabezas y una de ellas solamente debía mandar. Largo sería, pero de gran interés, describir el proceso de

predominancia de Santiago sobre las otras cabeceras del Valle Central: en el norte La Serena, en el Sur, Concepción, y en el medio Talca. Santiago tenía a su favor la tradición. Pero las cosas no estaban aún jugadas cuando se declara en Talca la Independencia de Chile. Años después se juegan con las armas en Lircay, que no por nada ha sido reivindicada desde siempre como símbolo de los sectores más recalcitrantes de la oligarquía nacional.

La *preeminencia de Santiago* se va a multiplicar no sólo por su poder administrativo y luego militar, sino por la cercanía del puerto de Valparaíso y la creciente importancia económica de la agricultura de sus haciendas circundantes. La apertura temprana del canal San Carlos y la irrigación del Valle del Maipo, se nos aparece hoy día como uno de los factores decisivos de la consolidación del centralismo, que solamente con el poder de la administración no podría haber tenido ni la permanencia, ni el éxito que tuvo y siguió teniendo. Las propiedades irrigadas al comenzar la República, en el mayor proyecto de inversión e ingeniería hecho en Chile en ese tiempo, multiplicaron el valor de esas tierras, las hicieron altamente productivas y condujeron a que en ellas se fueran a instalar los capitales mineros en ese tiempo del norte del país y posteriormente también del sur. Comerciantes, banqueros, mineros, es decir, las elites no rurales ni agrícolas, se fundieron con las de raigambre agrícola como consecuencia no sólo de ostentar el poder político sino también el económico. La unidad de la clase alta santiaguina, con retazos de Valparaíso, el Norte minero, la banca naciente, etc., consolidó el poder centralizado e hizo de Santiago el centro del Valle Central y la sede indiscutida del Estado del Valle Central de Chile y luego del resto de Chile.

Los bordes

Durante buena parte del siglo diecinueve el territorio de Chile era equivalente al territorio del Valle Central de Chile. Copiapó por el norte era un enclave minero separado cultural y

geográficamente del resto, tanto que su elite, los Gallo, Matta y radicales, dieron desde muy temprano la batalla contra el centro. Valdivia era un cuartel militar y algo más, y Chiloé hasta hoy sigue siendo una isla incomprensible. En el pie de la estatua que conmemora al General Bulnes en la ciudad de Santiago se dice que construyó muchos caminos y puentes. Es verdad. Hizo del Valle Central un espacio unido, lo comunicó, lo "construyó", ordenó, estableció la retícula básica que dura hasta hoy. La canalización de los ríos estableció las cotas de lo que es verde y lo que es seco, dónde hay árboles frutales y álamos que se alzan hasta los cielos, y dónde reinan los peumos, quillayes, maitenes y árboles de la tierra, achaparrados a las colinas y montes. La construcción de una infraestructura caminera, la masacre a los bandidos, alzados y vagabundos, y el establecimiento del orden en los decenios, política por cierto de un autoritarismo feroz, posibilitó al Valle Central reaccionar frente a la apertura de los mercados del Pacífico. California inauguró la "edad de oro", entre otros lugares, del Maule. Había organización en las Haciendas, mano de obra disponible, vías expeditas para acarrear el trigo y los productos alimenticios. Este ciclo expansivo será imparable. Explica la expansión territorial que le siguió. El Valle Central se puso en ebullición. Comenzó la construcción de ferrocarriles. La presión hacia el norte y al sur se hizo incontrolable. La década de 1870 es determinante. Había dos alternativas. O la población se contentaba con el territorio existente y procedía al reparto de tierras, intensificación de la producción, ocupación de los espacios vacíos dominados por las haciendas, o se expandía hacia un espacio que no estaba dominado por el sistema del poder hacendal. Hubo quienes vieron en las reformas, en la transformación de la agricultura, en la industrialización temprana del país, la alternativa. Fue una generación de idealistas y fracasados, es decir, o se dieron vuelta la chaqueta como Vicuña Mackenna o cambiaron de idea y se fueron al sur, como Pérez Rosales a poblar con los colonos germanos. La elite del Valle Central

se transforma en ese momento en oligarquía. Allí mostró por primera vez su cara conservadora. Aferrada a la tierra, controlando la población con mano de hierro, no quiso ceder. Se vistió de ropas aristocráticas inventadas.

Ante la imposibilidad fáctica de transformaciones internas, lo que ocurrió fue la expansión, hacia el norte y hacia el sur. La guerra del 79 (Guerra del Pacífico) y la guerra del 81 (Guerra de la Araucanía), son dos episodios en que el Valle Central se expande, kilómetros y kilómetros desde su lugar de origen.

Las masas se desplazan del Valle Central y allí en sus bordes surge la ira. La revuelta comenzó fuera del Valle. Los inquilinos y peones que se fueron al norte se llevaron sus recuerdos, pero no sus patrones. Se llevaron la religión pero no a la Iglesia y sin permiso del curita le bailaron a la Virgen de la Tirana. La lejanía de los patronos abrió poco a poco las conciencias. Surgió la clase obrera.

Los que se fueron al sur, viajaron con sus carretas cargadas de chiquillos a descubrir las nuevas tierras abiertas, como se decía, a la barbarie. Los Reyes, originarios de Parral entre otros, eran parte de estas masas que se desplazaban. Fueron uniendo el territorio, inventando un Chile más largo. En los bordes del mar, en Coronel y Lota, en el sur de la Lanera Austral, en los conflictivos campos de Rupanco en Osorno, van surgiendo las primeras manifestaciones de la ira.

Los trasplantados a las ciudades y en especial a Santiago, poco a poco comienzan a distanciarse de la sociedad hacendal, de los paisajes bucólicos, de las alamedas que se mueven interminables al ritmo del viento. Se lo recuerda simbólicamente los 18 de septiembres en las ramadas campesinas del Parque Cousiño, en que en un acto de transformación los urbanos se vuelven momentáneamente campesinos. Esas masas hacen su aparición con el siglo y en el episodio conocido como la "Semana Roja", Ramón Subercaseaux, encastillado y armado de carabinas en su Hacienda del Llano, hoy céntrico barrio de Santiago, los asimila a los antiguos araucanos.

Es muy curioso lo que ocurre con esta ocupación de los bordes. El imaginario del Valle Central se expande con la expansión del territorio, con la urbanización, y se produce una contradicción entre el sueño de la familia chilena unida en torno a la hacienda, las misiones y el rosario del atardecer, y la realidad creciente de la miseria urbana, de la explotación minera y del sur indígena. Valdés Canje es quizá quien primero describe esta contradicción en su *Chile Intimo* o también conocido como *Sinceridad*. No por casualidad el profesor Alejandro Venegas, que se escondía bajo el pseudónimo, era el subdirector del Liceo de Talca. Percibe que el modelo de país ya no funcionaba. Denuncia en sus cartas al Presidente de la República, en pleno Centenario, que el ideario del Estado Hacendal se ha carcomido. La *cuestión social* ha surgido. Pero el imaginario del Estado del Valle Central siguió siendo el mismo. A los alzados, garrote. A los indios, "poca pólvora, mucho mosto y mucha música", según el decir del Coronel Cornelio Saavedra, quien sin embargo tuvo que descargar más de una vez metralla, y no poca, para contenerlos. Tanto es así, que podríamos decir que el imaginario del Valle Central se pegó a la formación del Estado y a su discurso centralista de dominación y gobierno. No hubo, ni ha habido seriamente, un discurso y proceder apropiado a la diversidad y complejidad del país.

La Pax Hacendal

No fue ni en Talca ni en Linares donde se rompió la Pax Hacendal. Fue en los bordes, urbanos y territoriales. La revuelta comenzó afuera. El conflicto interno se desplazó. Los revoltosos huyeron de las Haciendas. Pablo de Rokha con su voz de trueno y su pluma encendida les disparará a los "Licanteninos de mierda", poniendo a esos huasos brutos como símbolo del Chile deplorable, católico y autoritario.

Orrego Luco en *Casa Grande*, describe con ironía y lujuria esos parques y casas de Hacienda, donde se reunían de manera incestuosa, los primos y primas de la sociedad a comienzos

del siglo veinte. Fue escandaloso porque era una astilla del mismo palo. Todos los veranos sin embargo, siguieron llegando los primos, generación tras generación. Se casaron entre ellos. Unieron fortunas a veces en peligro, fundos grandes con fundos chicos, haciendas de grandes casas con hijuelas heredadas. Los inquilinos permanecían en el mismo lugar y saludaban a los patrones, con el sombrero en la mano. No se preocupaban si cambiaban de nombres, eran todos de las mismas familias. En San Clemente, cerca de Talca, un puñado de Donosos y Silvas se repartían las propiedades. Paseaban por uno de los costados de la Plaza de Armas, según relata jocosamente Edwards Bello. En Colchagua no lo hacían peor los Echeñiques y Errázuriz. El Carmen del Huique pasaba de un Presidente de la República a otro. Hasta que cayó en manos del Ejército de Chile, quien lo controla hasta el día de hoy. Paradojas de la historia con minúscula. Es la "obscenidad" de la que escribió uno de los Donosos, muchos años después, criticando sus orígenes.

Mirada la Historia como un proceso de "larga duración", sin duda sorprende que en el Valle Central la Pax Hacendal haya durado hasta bien entrados los años sesenta del siglo veinte. Se mantuvo el control de la tierra, del paisaje, y sobre todo de la gente. Por ello cuando se rompió, el golpe fue de una rudeza inaudita.

Desbordes, nostalgia y ensoñaciones

La revuelta del Valle Central fue profunda. No sólo se rompieron las viejas lealtades, los imaginarios de la familia como sociedad ampliada de patronos y subordinados. Se rompieron también los paisajes ordenados, las grandes alamedas dieron paso a carreteras feas, los expulsados de las Haciendas construyeron villorrios, poblaciones callampas que poco a poco se fueron subsidiando. La propiedad se pulverizó. Cada hacienda dio lugar a cientos de propiedades, que se destruyen y reconstruyen de acuerdo a los avatares de los mercados agrícolas, los remates al mejor postor. Los

hijos de los viejos oligarcas se transformaron en empresarios. Algunos reconstruyeron retazos de lo que fue, los plantaron de viñas y tienen bodegas en que recuperan los antiguos abolengos.

Los fieles inquilinos fueron castigados por el atrevimiento. Muy pocos lograron mantener las parcelas que les dieron como resultado del movimiento. La mayor parte de quienes las recibieron, las han perdido. Los más atrevidos, los que dirigieron el levantamiento quedaron fuera del reparto. Un Decreto los sentenció. Nada fue igual. El campo se llenó de gente que ya no era de ninguna parte. En un estudio de hace años, vimos como en un camino semi abandonado cerca de Molina, fue surgiendo un puñado de viviendas que con el tiempo dieron lugar a un poblado. Hoy es ya casi un pueblito. Lo mismo ocurría en estaciones de trenes dadas de baja, que se iban llenando de gente. No cabe mucha duda que esa mano de obra disponible y necesitada, ha sido determinante para el éxito de las producciones agrícolas que hoy nos enorgullecen.

¿Qué quedó de la ruralidad? ¿Qué quedó del paisaje del Valle Central? ¿Qué quedó del imaginario del Valle Central de Chile que acompañó buena parte de nuestra Historia? No es fácil responder a estas preguntas. Asistimos a un tiempo de *ruralidad quebrada*. Las personas ya no saben muy bien si son campesinas, si así se pueden autodenominar, o si son pobladores a secas. A veces trabajan en las ciudades cercanas, otras en los campos recogiendo las cosechas, y muchas veces no trabajan en nada. Las organizaciones desaparecieron casi completamente. Quedan los clubes de football. En la noche, cansados del día a día, ven la televisión que reproduce la estupidez imaginada de la farándula del centro del país.

¿Identidad rural? Pura nostalgia. Pasan los años y la imagen de la vida en las antiguas haciendas crece mitificada. Para los patrones, como también para los descendientes de los antiguos inquilinos. Un recuerdo suspendido en el tiempo. A-temporal.

Se podría hablar de una *cultura de haciendas sin*

haciendas. En algunos sectores, por ejemplo, nos llama la atención que abundan los caballos. No hay siquiera dónde mantenerlos. Ya no son útiles para el trabajo, ni para el transporte. Pero sí para el prestigio. Los días de fiestas hay rodeos y carreras. Los jóvenes se visten de huasos y montan aperos hermosos. No sólo los ricos. Una suerte de *neo ecuestreización* de los campos del Valle Central, muy curiosa. Posiblemente van a surgir cada vez más clubes, conjuntos folklóricos que combinarán la modernidad aplastante de las vidas cotidianas con la expresión simbólica de la nostalgia rural. Ocurre en otros países latinoamericanos donde han sucedido fenómenos de transformación rápidos y traumáticos.

El Estado perdió también el imaginario de integración hacendal que lo acompañó por siglos. El horizonte no es claro. ¿Qué une a los chilenos? Se preguntan unos y otros. Nadie podrá decir siquiera, que lo blanco/mestizo, lo católico y el castellano, son la base constitutiva de lo que es esta sociedad. Habrá algunos que mantendrán el desvarío de un imaginario perdido. Ni tan blanco, ni tan católico, y el castellano que se habla, lee y escribe está por los suelos de acuerdo a las pruebas de calidad educativa, se podría responder. Para qué decir del imaginario de solidaridades, lealtades, amistades y del "todos nos conocemos" que reinó por siglos.

El Estado sin embargo no se ha despegado del todo de esos imaginarios largamente construidos. No asume la diversidad aplastante del país. Tampoco asume las diferencias. Un desajuste se produce entre lo que se piensa que se fue y lo que se quiere ser. Como en las antiguas haciendas, la autoridad reacciona mal frente a la demanda, a la protesta, al reclamo. Acusa de inmediato la falta de lealtad, la ingratitud.

Mirando con calma y tiempos largos, no cabría mucha duda que se vive un momento, que no tiene que ser corto, de ajustes y transiciones. La revuelta y la contra-revuelta del Valle Central, terminó hace menos de dos décadas. No se ha organizado una nueva sociedad, ni menos un nuevo imaginario de lo que podría ser. Esta afirmación es válida tanto en términos de espacios, como de paisajes, de cultura y de organización social. Mirar hacia atrás puede servir para también mirar hacia delante.

Frente al paisaje destruido no se levantan propuestas. Unas casas de tejas por aquí, otras de tapias de adobe por allá, vienen a ser un remedo de las glorias de antaño. La modernidad aún no se impone en el Valle Central. Puede ser posible. Habría que pensar en esa utopía, una nueva apropiación del paisaje en la ultra modernidad: distribución racional de las poblaciones, conexión y conectividad fácil, acceso a servicios fluidos, en fin, posibilidades de vivir en cualquiera de sus rincones sin estar lejos. Un Valle Central enteramente urbano, como ocurre en muchos países de Europa en que lo rural dejó el paso a una suerte de mapa urbano de poca densidad y en que se combinan las actividades agrícolas con las manufactureras y mucha gente viviendo y trabajando a distancia. Deslocalización, globalización y modernidad van de la mano y no tendrían por qué ser imposibles en este hermoso Valle Central de Chile. Uno podría levantarse en la mañana, salir al patio, ver la Cordillera nevada, saludar al vecino, "buenos días amigo", hacer sus trabajos por Internet, mirar el pájaro que se posa en la ventana, salir a la reunión del vecindario, beber una copa de vino, ir al trabajo y volver, en fin, ocupar plenamente y con confianza el territorio. Pero esas son especulaciones, aunque posibles y quizá deseables. Sería un buen lugar donde vivir. "La copia feliz del Edén".

José Bengoa

Profesor de la Escuela de Antropología e Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano en Santiago de Chile. Ha escrito entre otros, *Historia Social de la Agricultura en Chile*. Dos Volúmenes. Ediciones Sur. Santiago. 1988 y 1989. *Historia del Pueblo mapuche*. Séptima Edición. Lom Ediciones. Santiago. 2008. *La Comunidad perdida*. Ediciones Sur. 1996. *La Comunidad Reclamada*. Catalonia. Santiago. 2006. En estos trabajos se pueden encontrar muchos de los datos empíricos que avalan estas reflexiones.
Correo electrónico: jbengoa@academia.cl





Texturing

Eduardo Castillo

1

Suele ser perturbadora la sensación de vacío con la que descansa una construcción al ser finalizada, cuando los maestros recogen sus herramientas, levantan los andamios y comienzan a limpiar para entregarte la obra. Todo parece estar dispuesto para que suceda la vida. Pero, ¿cómo se construye lo demás? ¿Lo que no se puede precisar, lo gratuito, lo que anima y da vida, para bien o para mal, en fin: todo lo que normalmente habitamos de una manera física y espiritual, todo lo que fue pensado, para que la vida transcurra sin mucha más consideración que la propia de este tremendo esfuerzo, que es el construir?

2

Algo que leí del cineasta Wim Wenders me recordó ese particular momento: *“Lo fragmentario hunde sus raíces más profundas en la memoria que lo completo. Lo fragmentario tiene una superficie rugosa a la que nuestra memoria se puede agarrar, [mientras que] en*

las superficies lisas de lo completo la memoria resbala...” Hay algo en sus palabras que se equipara a la arquitectura. Probablemente, la pátina que el tiempo instala en la materia y en los materiales. Podría decirse que son esa memoria escrita, un grabado, o más precisamente una textura que afecta a los cuerpos en descomposición, o siendo más optimistas: en depuración. Un tiempo infiltrado, que se “agarra”, como dice Wenders, y decanta en todo lo que soporta memoria.

3

Yo, en realidad, lo que más imagino y dibujo son texturas, como algunos dibujos y *collage* de David Hockney. Me paso la vida en eso. Por fortuna, nunca he podido dibujar el desgaste del uso, del clima, del reparo, del tiempo. Sólo llego a presumir que todo lo que cuelga, se deja caer.

4

Sin embargo, si entendemos el dibujo del plano en la arquitectura como un claro instructivo



de construcción, es decir, un manual para que un grupo de personas ajenas a cualquier proceso creativo, descodifique y proceda con ella como una guía de resistencia (que en términos puramente prácticos debe resolverse en la ejecución), todo lo imaginado sufrirá de una inexorable letanía, y sólo aquello permitirá convertirlo en un hecho real.

5

Joseph Brodsky, en un hermoso poema, dice que: *"Dejando la muerte aparte / todo aquello concerniente / al espacio es prescindible / nuestro cuerpo, esencialmente"*.

6

Pero, cómo definir a qué responden las superficies de los cuerpos que a diario son infectados por el tiempo, en un proceso que a ratos parece no discriminar. Sean cuerpos vivos o inertes, artificiales o naturales, discretos o pomposos, todos deben resistir con más o menos fuerza los asaltos de la exposición, del

descuido, o del cuidado; en resumen: los años que inexorablemente recorren sus vidas. Lo paradójico es la vida que brota en un estado de calamidad. Creo que en esa imagen se encuentra gran parte de la arquitectura que deseo encontrar: una auténtica construcción, como gran parte del registro fotográfico de Bernd & Hilla Becher, que desde los años 50 ha extraído con fascinación, en el mundo de los grandes objetos industriales (en su mayoría, castilletes de extracción, calentadores de vientos, torres de refrigeración, depósitos de agua, gasómetros, caleras, hornos, molinos quebrantadores, y naves industriales), un infinito de grises, que provistos de un excepcional encanto, nos cuentan sin objeciones su fatigada historia.

7

Sin riesgo a equivocarme, podría afirmar que la construcción no desaparece en la arquitectura –por más experto en maquillaje que sea el estilista–, ya que es justamente en el continuo

estado de resistencia donde aparece su fortuna.

8

Pero si entendemos que el método constructivo de los cuerpos no sólo permite fabricar, levantar o enterrar una arquitectura, sino también guiar la decantación a la cual se aferra en vida, la tensión entre ejecución y permanencia en la arquitectura (cualquiera que ésta sea) deberá enfrentarse siempre a lo que he denominado "Texturing": una acción que depara una sucesión de acontecimientos que transcurren como en un relato elíptico, desde que se trazan en tierra las fundaciones, hasta que decanta el tiempo todo su esfuerzo.

9

Siempre he admirado a los trabajadores que cultivan un oficio: carpintero, soldador, albañil, enfierrador... Cada vez que visito las obras en construcción, me emociona el esfuerzo y la dedicación que ponen en su trabajo, "todo lo que construyen debe resistir mucho tiempo". Tal vez porque mi padre es carpintero –y yo antes de ser arquitecto fui su ayudante–, reparo tan atentamente en la construcción. Por eso, sin aprensiones, podría afirmar que "sólo entiendo la arquitectura como un hecho concreto". Lo demás es ilusorio.

10

"... Las cosas como son", reclama un anuncio publicitario de una conocida bebida gaseosa. Esta afirmación, muchas veces ocupada de forma trivial, carga consigo una preocupación o mejor dicho un interés: que nada parezca o aparezca fuera de su condición, naturaleza o cualidad. La arquitectura que me interesa, contiene dicho aserto como una ética de reparación, o "traducido al latín: una moral de corrección", o sea:

aunque las cosas contengan múltiples significados, lo que no debe ocurrir "es ser o representar lo que no es, tanto en su física, como en lo material". Posiblemente una se refiere a la otra, como una especie de sucesión propia de su manipulación.

11

Construir sin apariencia, "al desnudo", parecería lo correcto, tal vez, aunque no es lo central, más bien, sin alegorías, sin explicación, sólo privilegiando su atributo, su esfuerzo, su resistencia. Esa debería ser su expresión inicial, y desde ahí todo lo que desee cargar...

12

Algo sintomático de la construcción arquitectónica es su capacidad de discernir y arbitrar los recursos y medios disponibles de una manera "justa". Detengámonos siquiera un instante en las consideraciones de Alberti al respecto: *"yo voy a considerar arquitecto a aquel que con método y procedimiento seguro y perfecto sepa proyectar racionalmente y realizar en la práctica, mediante el desplazamiento de las cargas y la acumulación y conjunción de los cuerpos, obras que se acomoden perfectamente a las más importantes necesidades humanas..."* En definitiva, la arquitectura obliga a resolver un problema físico-material: de carga y descarga, de traslado y permanencia, de acopio y ausencia, en fin, una multiplicación de antónimos.

13

No pretendo dificultar esta reflexión, pero una "toma de terreno", en nuestro país, y quizás en todos los países que aún no han sabido distribuir sus recursos, suele levantarse de manera inversa al pensamiento arquitectónico, o al menos al margen de lo que habitualmente nos encontramos: "un sitio despejado de vida", aparentemente.

En una "toma", la vida transcurre sin nada, o más bien con casi nada de lo que la arquitectura habilita, sólo un trazado de cal, delimitando una futura propiedad. Pero, ¿cuál es el campo que a la arquitectura le concierne al respecto? Esta pregunta parece ingenua, si desconocemos permanentemente al cliente de la arquitectura.

14

Después de tanto rodeo, podríamos

preguntarnos cómo proyectamos una obra con sus cosas, sus recuerdos, sus dolores, y sus remedios, cómo podríamos decir a los clientes (a menudo desprovistos de paciencia), "vivan primero en el sitio que compraron. ¡Tómenselo!, yo mediré sus desplazamientos, recordaré sus felicidades, olvidaré sus aprensiones, estudiaré sus comportamientos, y haré su casa feliz, todo lo que soñaron sería su hogar. Derrocharé mis aptitudes, anularé mis pre-juicios, y construiré su periferia."

15

Pablo Neruda, en su manifiesto de 1935, *"sobre una poesía sin pureza"*, destacaba la importancia de *"observar profundamente los objetos en descanso"*, para así percibir en ellos *"la confusa impureza de los seres humanos (...), las huellas del pie y los dedos, la constancia de una atmósfera humana inundada de cosas, desde lo interno y lo externo"*.

16

Imaginemos un campo sin labrar en el Valle Central de Chile, los campesinos despejando las piedras, mientras el fresco amanecer se disuelve en sus narices. Luego de convertir la tierra en barbecho, toman aquellas piedras, preparan el mortero de barro y paja, y sobre una sola línea limitrofe construyen una "pirca", muda, monótona, con la permanente corrección de la utilidad, y con la única ambición de construir los límites de lo cuidado. Tal vez, esa pirca sea el mejor ejemplo de "una arquitectura que recibe lo que hay como un regalo, sin echar de menos lo que falta, sino más bien, encontrando en los problemas, la oportunidad que traen encubierta".

17

Recuerdo algunas esculturas de Anthony Caro, que presentan física y conceptualmente todo esto que trato de nombrar: construcciones que son fruto de una cultura elemental, donde las piezas se van ubicando, en la medida que son solicitadas, tanto por la necesidad de sostener la propia debilidad material, como por "el hacer

aparecer la dignidad de la vida humana, aun en sus peores condiciones". Construcciones delicadamente improvisadas, donde sus débiles reparos, logran detener el peso que cada vez los hunde en su miseria. Sin duda, aquel estado de flagelación conseguirá irisar el más hermoso presente.

18

Parece que el detalle de la pobreza es el que permite salvar todo intento torpe, allí donde los sueños van eliminando lo superficial, y los dolores van reparando en lo evidente.

19

Bruce Chatwin, nos recuerda en uno de sus celebrados libros, que los japoneses tienen una palabra, "wabi", para designar la "pobreza", o más bien "la pobreza voluntaria", en el sentido en que el Zen reconoce el "carecer de bienes" como una forma de poseer el mundo. Tanto en China como en Japón, la búsqueda ascética de la "pobreza" se deriva de las enseñanzas de Buda. Un hombre lastrado por sus bienes, dijo Buda, es como un barco que hace agua: la única esperanza de ponerse a salvo consiste en echar la carga.

20

Descansar sobre una arquitectura elemental y al mismo tiempo extremadamente material, implica que algo en la materia sobrevive al pensamiento. Es así como mis gustos se inclinan por la densidad de la masa, donde el material queda incorporado no sólo como colaborador estructural de las cargas físicas, sino también como lecturas posibles de la pieza final. Esta precipitación en la materialidad modelada, persigue una decantación disciplinar, que explora la predisposición natural de la técnica hacia la reducción y simplificación de los hechos constructivos, poniendo en juego a la estructura, no como un aparato estético-constructivo, sino como en las esculturas de Martin Puryear y Tony Cragg: como "un esqueleto sumergido en su densidad material", permitiendo que nada quede resuelto con

máxima precisión, sino tan sólo ejecutándola con el arresto adecuado a su propia lógica constructiva. Por eso encontramos tanta belleza en una alfarería, o en el tejido de un artesano, "porque se ha obrado con un cuidado cultural".

21

Volver al principio de las cosas, con una mirada detenida, que aprecia maravillado lo que contiene... Puede ser una hermosa excusa, para deambular buscando una arquitectura capaz de igualar lo que Jorge Teillier nos dijo: *"lo que importa no es la luz que encendemos día a día / sino la que alguna vez apagamos / para guardar la memoria secreta de la luz"*.

22

Construir desde una imagen de referencia, confundida con nuestros recuerdos, en un intento de captar las tensiones concentradas en gestos elementales, nos permitirá ampliar y fortalecer una simplicidad idealizada, que precisamente por su condición extrema y fronteriza, despertará una arquitectura contenida, y con una clara afección a su desgaste, de la que alguna vez escribió Tanizaqui

en un pequeño libro.

23

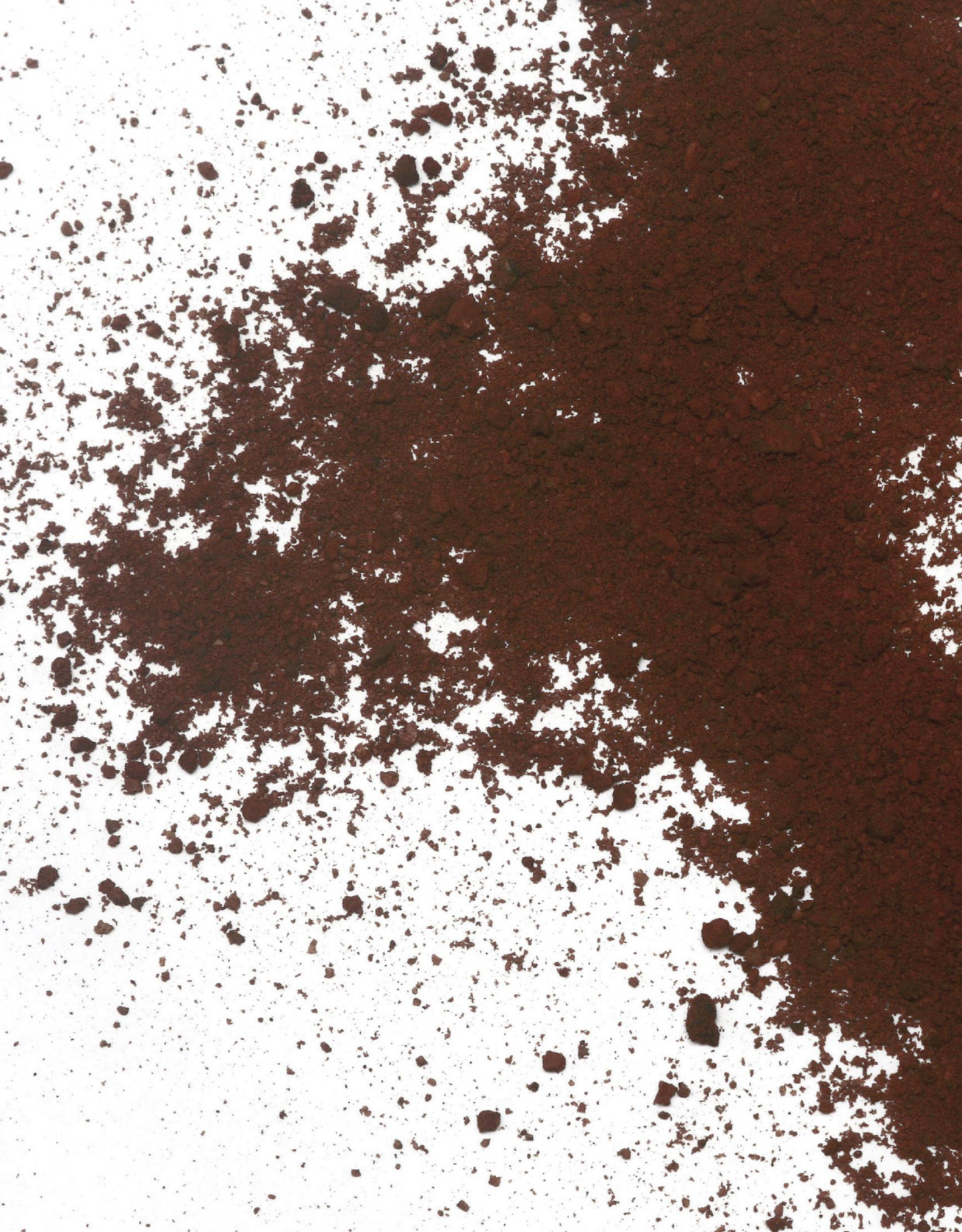
Un pesimista podría preguntar qué podemos construir en nuestro país, si la historia se remite a lo que pasó ayer, y la religión se construye a base de animitas, "en una carretera infinita de lunares, que van marcando su olvido".

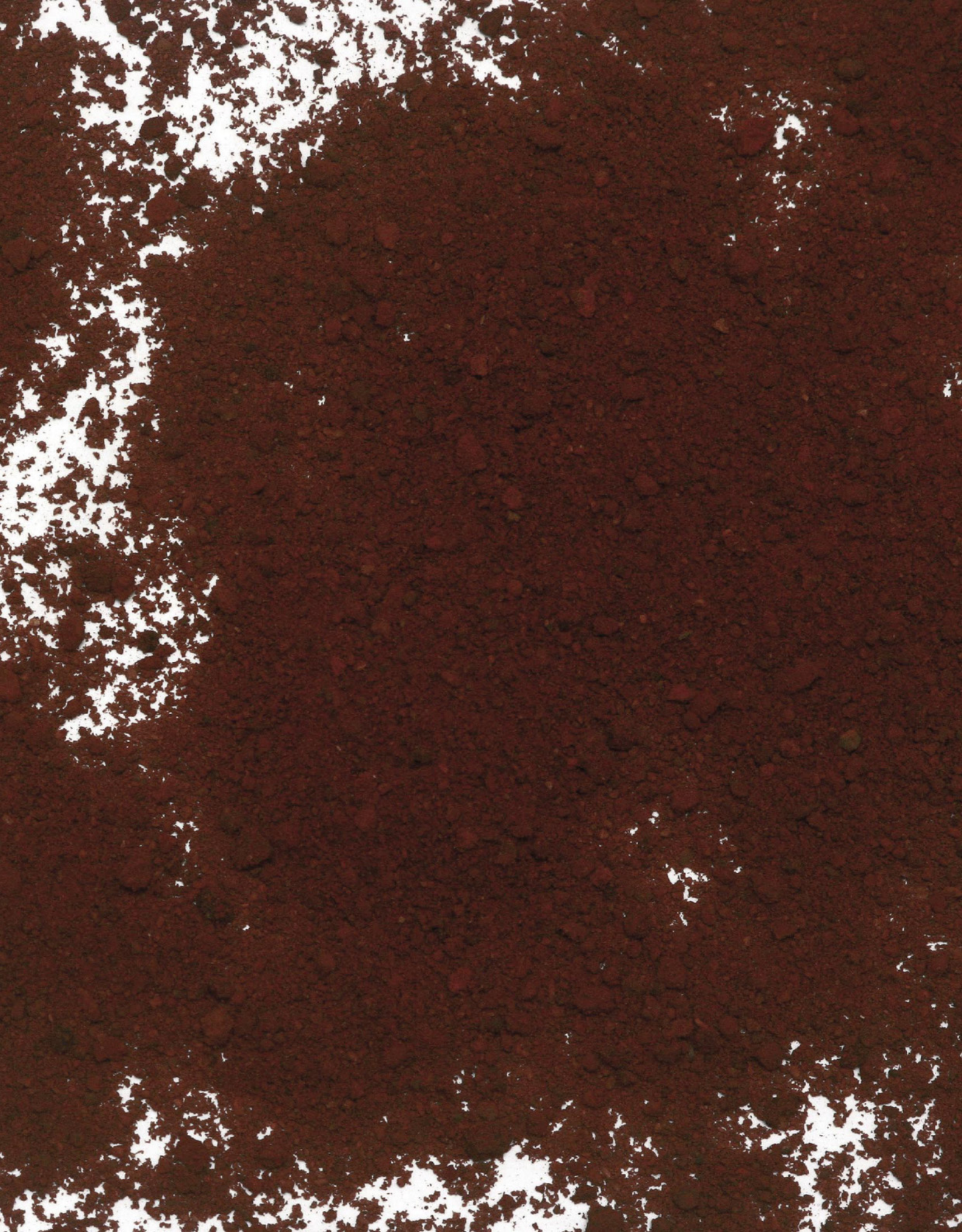
24

En la radio una canción me dice con acento andaluz: *"el tiempo todo calma / la tempe'tad y la calma"*. Luego, parte del coro reza: *"la lluvia que caerá / sobre este cuerpo y mojará / la flor que crece en mí / y volver a reír / y cada día un instante"*... El tiempo pasa lentamente por esta canción, y cada palabra parece un fragmento de un triste, pero hermoso recuerdo, y pienso por un instante que la vida se explica sólo como un "milagro" (bueno, eso decía Wittgenstein). Las canciones populares tienen una sabiduría en la que uno debería poner más atención, ya que súbitamente sintetizan toda la historia, como en la fotografía de un abandonado silo, donde se muestra, instantáneamente, "todo lo que nunca podré cantar".

Eduardo Castillo

Arquitecto, PUC (2000). Actualmente trabaja asociado al estudio de Smiljan Radic y al de Germán del Sol. Profesor de Taller en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca.
Correo electrónico: arqecastillo@yahoo.es





El Valle Central (Pasado, presente y futuro), Hasta la vista baby!

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

Para mi abuelo Enrique Letelier Velasco quien dedicó 50 años de su vida al fundo Santa Rita en Pelarco y a mi suegro Jorge Correa Montt quien dedicó otros 40 al fundo Huencuecho también en Pelarco

1

El historiador Fernand Braudel, refiriéndose a Francia, enfatiza dos puntos que perfectamente podrían aplicarse al Valle Central y al país que por convención (más que por convicción) persistimos en llamar Chile. Primero, que los espacios y paisajes no son sólo realidades presentes sino también “supervivencias del pasado”, por eso la cercanía entre la geografía y la historia. Y, segundo, el significativo papel que, por lo mismo, le correspondería a la geografía en la “invención” de un país.¹

La perspectiva braudeliiana, por muy obvia que nos pueda parecer, tiene el mérito de que eleva a la geografía y a la historia a planos conceptuales y complejos. Planos más elocuentes que la mera facticidad con que solemos contentarnos cuando hablamos de territorios y de hechos pasados. De atenernos a una propuesta de este tipo, nuestro Valle Central sería bastante más que una escenografía ingenuamente captable, algo más que el puro paisaje al que nos quiere reducir la ingeniosa frase parriana: “Creemos

ser país / y la verdad es que somos apenas paisaje”.² A su vez, la historia no se reduciría a *lo que ya fue*, al puro pasado recordado; más bien nos remitiría a permanencias en el tiempo, tan extendidas o abarcadoras, tan “supervivientes” como pueden ser los objetos que componen un espacio (los datos geográficos), o incluso, sus proyecciones imaginativas: aquellas representaciones con que colectivamente nos hacemos de dichos espacios, les atribuimos un “sentido” o una familiaridad que nos es afín en tanto comunidad espiritual o imaginaria. Dicho de otro modo, Parra, como casi siempre sucede con todos sus “chistes”, acierta a la vez que yerra medio a medio. Históricamente hablando, hace rato que somos bastante más que “paisaje”, aunque el poeta finja ignorarlo.³ Pese a ello, no es inconcebible que en un futuro cercano nuestro paisaje se convierta en puro telón de fondo. Por mucho que los datos geográficos permanezcan (los Andes y la Cordillera de la Costa seguirán estando donde están), puede ocurrir que perdamos los

“sentidos” con que hemos ido construyendo históricamente la imagen de este país. El mismo paisaje de siempre puede que sirva para otros propósitos; en consecuencia, es muy posible que sean otros y con otras lógicas quienes terminen haciendo suya una escenografía-ambiente que creíamos, hasta ahora, nuestra.

2

El Valle Central entra en la escena histórica con un muy bajo perfil. Los conquistadores españoles no le prestan mayor atención. Lo que dice Pedro de Valdivia al respecto no es más que un intento exagerado por promover su empresa y captar la atención del Emperador. La propaganda, sin embargo, no desvirtuó la opinión predominante en círculos imperiales, desde Almagro en adelante, de que este territorio no era otra cosa que un peladero. A lo sumo, podía servir para, desde aquí, continuar la expansión militar dónde verdaderamente interesaba llegar y asentarse, es decir, la Araucanía y el sur austral.

La historia posterior validaría esta mala imagen inicial. Una vez establecida la frontera de guerra en el Bío-Bío, a mediados del siglo XVII, al Valle Central se le atribuirá un papel compensatorio, convirtiéndolo, en el mejor de los casos, en una suerte de “es lo que hay” donde atrincherarse una vez reconocido el empate bélico con el indígena. Un lugar, pues, en que náufragos semi en pie pudieron literalmente “arrancharse”, volverse rurales (no precisamente a lo que venían estos conquistadores de tan lejos y con tanto ánimo), sobrevivir, y, quizá lo crucial, no devolverse con el rabo entre las piernas a *lo Almagro*. Reconocer que tamaño asunto no había sido más que una idea descabellada, un fracaso absoluto, era apenas tolerable. De hecho, nunca se abandonó el propósito principal: *hacerse de la América* dando con un “Perú” que superara al Perú, *v. gr.* un Chile que hiciera palidecer las riquezas recién encontradas del Cuzco. Fue así como este *desideratum* convertido en leyenda (la “Ciudad de los Césares”) terminó situándose en el sur austral. Utopía que, a juzgar por sus descripciones –un mundo conquistable, o aún

por descubrir, urbano, rico y donde convivirían indios y españoles, felices y en plena paz—, perpetuaría una idea exactamente opuesta a la realidad chilena que entonces se vivía, mejor dicho, se sufría a diario. En efecto, si “Chile” era algo aún deseable, y no sólo “el otro Perú que no fue”, debía ser algo más que lo que la fatalidad fáctica dictaba “por ahora”. Es decir, este valle purgatorio, miserable -valle de lágrimas-, Valle Central.⁴

Cualesquiera que hayan sido las objeciones que por largo tiempo se tuvieron respecto a este espacio residual, lo que se ha estado haciendo aquí, desde aquel entonces, no ha dejado de ser extraordinario. Por de pronto, una sociedad agrario-señorial que terminó durando tres siglos, desde mediados del siglo XVII hasta la reforma agraria de la década de los 60. En términos histórico-sociológicos, probablemente la más estable e influyente estructuración socio-rural que se haya producido en toda Hispanoamérica. En efecto, una misma elite dirigente, tan cohesiva como pragmática, presidiría la pirámide jerárquica de esta sociedad por más o menos esos mismos tres siglos. De ahí que, en buena medida, hacia fines del siglo XIX, el país se expandiera imperialistamente en dos “tercios”, y nos hiciéramos (admito que no impecablemente) de riquezas económicas en territorios peruanos y bolivianos, inexistentes en el Valle Central a la fecha.

Sea que Chile hizo de sus debilidades proverbiales, fortalezas relativas, o bien, con sacrificio y disciplina logró suplirlas, gran parte de todo ello se debe a cómo se encaró este Valle Central y sus dificultades. La ruralización predominante neutralizó el influjo externo colonial trasladando el eje directriz hacia capas criollas terratenientes que fueron emergiendo. A falta de una presencia imperial, exógena, potente, se impuso una elite terrateniente, inicialmente de *amos* fácticos con fuerte arraigo local y sentido de poder, quienes, convertidos en *señores* y *patricios* hacia fines del siglo XVIII, e incuestionablemente a partir del periodo de Independencia, desplegarían un no menos agudo sentido institucional y político-cívico del poder.

La falta de mano de obra indígena requirió, por su parte, que la hacienda se transformara en una fuente germinal de mestizaje apatronado, dócil y leal, a gran escala. Y, por último, ya antes de que se explotara el norte y se exportaran el salitre y el cobre, la hacienda chilena del Valle Central incursionó exitosamente en el comercio internacional con trigo y otros productos agrícolas. El Valle Central podrá haber sido un sitio marginal y aislado de los grandes centros comerciales, pero desde fines del siglo XVII, definitivamente no es autárquico, por ende, tampoco feudal.⁵

3

Fruto de estos indiscutibles logros, se ha insistido mucho en las consecuencias colectivas de un lugar como éste, con tan notorio perfil y trayectoria histórica y cultural durante tres siglos. Por de pronto, pudimos ser un solo país gracias a este constante y único eje.

Durante largo tiempo, casi toda la vida nacional ha tenido por escenario el área que se extiende entre los paralelos 30 (Coquimbo) y 42 (Puerto Montt), es decir, la región del valle longitudinal. Dadas las magníficas facilidades que éste ofrecía a los habitantes, es natural que se haya hecho el centro de la población y del desarrollo cultural. De tal manera, la casi totalidad de los chilenos ha vivido bajo condiciones geográficas homogéneas y esta circunstancia ha contribuido en alto grado a fortalecer la unidad nacional.⁶

Hay autores que perciben algo más que unidad. Tan fuerte sería la imantación de este núcleo central que, incluso, puede que nos tienda a hacer prescindir del resto del país. Gabriela Mistral, quien concibe al valle en términos anatómicos llamándolo “el verdadero cuerpo histórico y agrícola del país... el tórax de nuestro cuerpo geográfico”, subraya también este carácter manifiestamente autosuficiente:

“Cuando raleen los nitratos el Valle Central recogerá las actividades que ha acaparado el Norte; cuando las minas del país entero hayan entrado en decadencia, él solo aprovisionará a nuestras gentes”.⁷

El alcance de la Mistral me parece una derivación del antiguo significado con que, desde muy temprano, se suele asociar a la región central. Éste sería el último punto de repliegue. De no poder seguir adelante y conquistar, peor incluso, de tener que defenderse de una arremetida indígena en plena guerra, el Valle Central pasaría a ser la única salvación o asilo donde refugiarse y rearmarse. En fin, no teniendo ningún otro lugar de escape, en ese caso no cabría más que reconocer la derrota total. Llegado ese punto, los dos Chiles (el de aquí en el Valle Central, o, el hipotético, más al sur, donde se encontraría la Ciudad de los Césares), dejarían de ser viables. La “voluntad de ser”, que es como también la Mistral define al país, carecería de espacio vital suficiente en donde sustentarse.⁸

En un sentido groseramente simplista, pero no enteramente falseable, el Valle Central, por tanto, es *Chile*. Es y no es. Hemos visto que no tendría por qué haber sido así; no era el lugar de destino originalmente contemplado, aún cuando terminara siendo su sucedáneo alternativo. Es más, en la actualidad es cuando menos debería contentarnos. De hecho, venimos manejando un mapa mucho más amplio desde hace largo tiempo. La zona al sur de Concepción no es ya “la frontera”. El norte ha perdido buena parte de su exotismo foráneo; otro tanto podría señalarse respecto a la zona austral, a Isla de Pascua y a los territorios antárticos. Supuestamente, el país, además, se ha integrado gracias al estatal nacionalismo. El Valle Central, consiguientemente, no tendría por qué acaparar o reclamar tanta preeminencia en la imaginación chilena. La razón en que esta preeminencia solía ampararse –ser el Valle el sustento de la dominación tradicional, rural, señorial y jerárquica del país–, hace ya cuatro décadas que dejó de ser válida; no se la puede invocar, no sin caer en anacronismos burdos.

Todo esto es muy cierto; sin embargo, esta zona

sigue congregando, reclutando, absorbiendo energías, recursos, población, que bien podrían destinarse a otras regiones del país.⁹ ¿A qué debemos, entonces, tan notoria paradoja? ¿A que no nos hemos dado todavía cuenta de que vivimos en un país más extenso y con otras potencialidades territoriales? ¿A que no hemos superado nuestras autoimágenes históricas y políticas? ¿A que seguimos viviendo en un país imaginario que se terminó cuatro décadas atrás pero nadie nos ha informado del hecho o no nos cabe todavía tamaña idea?

4

Siendo historiador no puedo dejar de reparar en el siempre posible peso del anacronismo. La tozudez del pasado que rehúsa desaparecer no siempre carece de fundamentos válidos. Hay motivos “conservadores”, en el buen sentido de la palabra, que siguen proyectando fuerza simbólica a este espacio. No es mera nostalgia o pintoresquismo lo que estaría en juego. Estamos ante un paisaje, conforme, pero también ante atributos culturales e históricos con que lo asociamos. Asociaciones muy difíciles de desechar así como así, por lo mismo que nos devuelven experiencias y valores todavía significativos y nobles, incluso en un mundo “post” como el que nos ha correspondido vivir. La nuestra no ha sido una domesticidad fácil. La Mistral lo deja muy en claro cuando trata de aterrizar su definición de *patria*.

Así me gusta la *Historia de Chile*, como un oficio de creación de patria, bien cumplido por un equipo de hombres cuyo capital no fue sino su cuerpo sano y lo que el cuerpo comprende de porción divina... Los espectáculos de la naturaleza son embriagantes sin que lo sean más que el de una gesta larga de hombres entregados a preparar y a ofrecer esa soberana producción, mixta de territorio dulce o áspero, de potencias humanas empecinadas en gastarse y vaciarse, de ayudas naturales

y sobrenaturales y de desalientos y fervores, en turno de marejada.¹⁰

Ante semejante sentido acumulado no es cuestión de transformar y reducir el asunto a muestras museológicas o "theme parks" para el deleite turístico dominical. Sería ridículo, por decir lo menos, pues, que decretáramos distintos rincones o enclaves debidamente protegidos como "zonas típicas" mientras nos abocamos a la conquista de otros espacios todavía "virgenes". Tan ridículo como sería que nos pusiéramos a gritar a voz en cuello, parriamente, "¡Viva la Patagonia! ¡Muera el Valle Central!" o viceversa. La tentación patrimonialista, sospecho, es fuerte entre nosotros, porque resulta acorde con los modelos de gestión y estética tardocapitalistas tan en boga actualmente. Al neoliberalismo le encanta un minimalismo "streamline" internacionalista (el polo "moderno" globalizador de su propuesta), en conjunción con un rescate beato pechoño de nuestro pasado folclórico, la manera como todavía podemos maquillar y satisfacer nuestra demanda y consumo seudo histórico (su propuesta local "identitaria"). Ya hay mucho de eso en el aire: *developments* que rescatan la arquitectura anónima o supuestamente de teja vernácula, antiguas haciendas que hacen las veces de *resorts*, restaurantes, complejos universitarios, viñas *boutique*, o simplemente *week-end-houses* de "nuevos ricos" o de "ricos de nuevo" para salir en las páginas de los suplementos sabatinos de vivienda y decoración o para impresionar a inversionistas extranjeros. Libres de ratas, de techos que gotean, de inquilinos (gracias a Frei Montalva, la UP y la dictadura militar), estas casonas remozadas les habrían parecido el *summum* de la siutiquería a nuestros abuelos cincuenta años atrás.¹¹

Sospecho que el asunto en veremos, sin embargo, es infinitamente más ambicioso. No se reduce únicamente a proposiciones de diseño arquitectónico residencial, comercial o institucional. Las miras no están sólo puestas en el mobiliario edificado que alhaja este inmenso espacio a la venta ahora último. Es al Valle entero

que se tiene entre ojos. Y esto es ingeniería política, constructivista y de gran envergadura, más que cualquiera otra cosa. Y, me atrevería a especular que se dispone, incluso, de un modelo ya existente, y con el cual tenemos muchos puntos de encuentro, empezando por el Valle mismo.

Me refiero a la *californización* del país aprovechando los obvios paralelismos: topografía, clima, extensa costa frente al Pacífico, mismo tipo de agricultura, recursos energéticos reales o potenciales (hidrológicos y energía solar), misma tendencia al *sprawl* megapólico y a la especulación urbana como supuesto "ordenamiento" libremercantil, incidencia de terremotos, conexiones con el mundo "latino" alguna vez español, ahora chicano o como les gusta decir a los anglos: "Mexican-American", etc. Con la salvedad de que California, si fuera un país independiente, "sería el quinto o sexto más grande del mundo en términos económicos"¹²; posee "un ingreso *per capita* cercano a los 50 mil dólares, cinco veces el ingreso medio en nuestro país"¹³; y ha logrado despegar en menos de 150 años. Vale decir, un modelo histórico de crecimiento record en tiempo record; un modelo de "American Way of Life" del cual el chileno tiene imagen viva, óptica, retinal, plenamente interiorizada gracias a películas de Hollywood, *sitcoms*, *game shows*, series televisivas, reportajes deportivos, comerciales, desde hace más de medio siglo, vínculo exponenciado últimamente por Internet. Un paquete publicitario, *full equipo*, que tiene muy entusiasmado a nuestro gobierno actual y a su presidenta ("Hasta la Vista, Baby!"), a la empresa privada siempre ávida de nuevas emociones, y a sus corifeos y portavoces.

Las similitudes son tan asombrosas [con California] que a uno le da la sensación de estar en Chile, pero en el Chile del futuro. Cada vez que he regresado a California, persiste esa extraña impresión de "volver al futuro".

¿Es sólo un sueño que se transforme en California? ... Es más fácil visualizar un Chile

desarrollado a la manera de California que a la manera de países más distantes en el imaginario, como Finlandia y Singapur... pero quizás tome fuerzas al soñar, en vivo y en directo, el tipo de país que podemos ser.¹⁴

California es la utopía futura de nuestro Valle Central. Utopía que se plantea como eventual a la vez que realidad ya visible, probada, actual. Es decir, una utopía "segura" muy a la medida de propuestas y ánimos conservadores actualmente en boga. Un futuro infinito basado en los pilares del modelo vigente -mercantilización, especulación, individualismo, ascenso social— conforme a patrones políticamente correctos y democratizantes, y que si logramos *duplicar* en esta otra "frontera", el Chilean-American *Far South*, podremos "ubicarnos" de seguro en la mapificación globalizante en curso.

Esto, por supuesto, no es nuevo. Estamos experimentando, en estos días, luego de la "visita de Estado" de la señora Bachelet a su "homólogo" en Sacramento, tan sólo la última oleada de una larga historia que nos conecta desde muy atrás, gracias a conquistadores españoles, misioneros, y el "Gold Rush", allá por 1849, que atrajera a muchos compatriotas. Vicente Pérez Rosales ya nos dejó un muy vívido recuerdo de ese primer "link":

Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del vellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California... Los he visto con la risa en los labios trocar el roce del guante de suave cabritilla por el áspero de la barreta del gañán... En California, el sentimental y petimetre santiagueño, junto con el gañán de nuestros campos, fueron alternativamente amos y sirvientes, codiciados fleteros, incansables cargadores, carpinteros, cortadores de adobes, lavadores de oro, constructores y comerciantes. Los he visto, de amos exigentes y regañones en Chile, tornarse sin esfuerzo en modestos criados de un mulato afortunado.¹⁵

¿*Déjà vu*? Sí, claro, pero por segunda vez, es

decir, *déjà vu passé*, ya ocurrido, ya anticipado.¹⁶ En efecto, suena familiar y parecido a lo que se propone que va a ocurrir en un futuro próximo a sabiendas de que ya sucedió antes aunque tímidamente; pero ahora sí que en serio. En California, nada que nos debiera extrañar.

Todo lo que se dirimió y destruyó heroicamente en Europa bajo el signo de la Revolución y el Terror se realizó al otro lado del Atlántico de manera simple y empírica... Asimismo, todo lo que soñamos bajo el signo radical de la anticultura, la subversión del sentido, la destrucción de la razón y el final de la representación, toda esa anti-utopía que desencadenó en Europa tantas convulsiones teóricas y políticas, estéticas y sociales, sin llegar nunca a realizarse verdaderamente (Mayo del 68 es un último ejemplo), todo eso se ha realizado aquí, en América, de manera simple y radical. *Se realizó la utopía y se realiza la anti-utopía*: la de la sinrazón, la desterritorialización, la indeterminación del sujeto y el lenguaje, la neutralización de los valores y la muerte de la cultura... Nosotros [los europeos] filosofamos sobre el final de muchas cosas, pero aquí terminan realmente. Aquí ya no hay territorio (sino, justamente, un espacio prodigioso), aquí donde lo real y lo imaginario han terminado (abriendo todos los espacios a la simulación). Aquí, por lo tanto, hay que buscar el tipo ideal del fin de nuestra cultura... En América, el cine es de verdad, porque el espacio y el modo de vida son cinematográficos... la vida es cine... El hecho es que una cierta banalidad y vulgaridad, inaceptables, en Europa, aquí se nos antojan más que aceptables: fascinantes... "California [señala G. Faye] se impone como mito total de nuestro tiempo... California se ha instaurado en cuanto centro mundial del simulacro y la inautenticidad, como síntesis absoluta del estalinismo *cool*. Tierra *histérica*, punto focal de concentración de los desarraigados, California es el lugar de la no-historia, del

no-acontecimiento, pero al mismo tiempo del bullicio y el ritmo ininterrumpido de la moda... California no ha inventado nada: lo tomó todo de Europa, y se lo devuelve desfigurado, carente de sentido, repintado con los oropeles de Disneylandia... No hay nada en la naturaleza californiana que no sea una parodia hollywoodense de los viejos paisajes mediterráneos: mar demasiado azul (¿?), montañas demasiado salvajes, clima demasiado suave o demasiado árido, naturaleza deshabitada, desencantada, abandonada por los dioses: tierra siniestra bajo un sol demasiado blanco y rostro inmóvil de nuestra muerte ya que Europa morirá bronceada, sonriente y con la piel tibia bajo el sol de las vacaciones".¹⁷

¿Aschenbach en « Venice of America », el distrito al oeste de Los Ángeles?

5

Déjà vu, déjà passé. En un almuerzo en nuestra Embajada en Washington, el entonces embajador de la dictadura de Ibáñez (1927-1931), Carlos Dávila, tiene como comensales a Jorge Délano "Coke", futuro dibujante de *El Mercurio*, fundador del *Topaze*, cineasta, y una pareja de norteamericanos, "la hija de Louis B. Mayer, jefe ejecutivo de la Metro-Goldwyn-Mayer, y su esposo, el famoso productor [David O.] Selznick". Cuenta "Coke" cómo trató de convencerlos de que invirtieran en Chile:

Chile –les explicaba– es un enorme *set* natural; posee los paisajes más variados y hermosos. Nuestro país es un verdadero vivero de artistas y Santiago está a la misma distancia del Ecuador que Hollywood..., y por algo Hollywood, dentro de la enorme extensión de los Estados Unidos, fue elegido como centro cinematográfico. Cuando el cine era mudo, no podíamos pensar en competir con ustedes, pero el advenimiento de la palabra hace posible que nosotros

produzcamos las películas en castellano. Contamos con uno de los mercados más grandes del mundo.¹⁸

Creemos ser paisaje, la verdad es que apenas somos película. *Friends, (Californians), countrymen (Chileans), lend me your ears; I come to bury the Valle, not to praise it. The evil that men do lives after them... I Hope to see all of you, soon, down at the Valley. Hasta la vista, Terminator.*

Notas

1

Ver Fernand Braudel, *La identidad de Francia. I. Espacio geográfico e historia*, [1986] Barcelona, 1993, pp. 29 y 30.

2

Nicanor Parra, "Chile" en *Obra gruesa*, [1969], Santiago, 1973, p. 196.

3

Parra finge porque de lo contrario no saca risas, y en sacar carcajadas algo fáciles y cínicas se las ha llevado por décadas. Quizá, Parra no ha conseguido el Premio Nóbel que ansiosamente ansía porque en Suecia no entienden sus bromas de doble sentido; en una de éstas, son intraducibles.

4

Me extendo más en esta línea en mi libro: *Historia General de Chile, II. Los césares perdidos*, Santiago, 2004.

5

Véase Alfredo Jocelyn-Holt, *Historia General de Chile III. Amos, señores y patricios* (2008), por aparecer. En este texto resalto la captación del paisaje del Valle Central por parte de Alonso de Ovalle en su *Histórica Relación de Chile*, Roma, 1646. Argumento, incluso, que nuestra actual "visión" del Valle está fuertemente condicionada, desde entonces, por la captación que hace este criollo a la distancia, desde Roma. También me detengo en la constitución de la hacienda a partir de esta misma época.

6

Wilhelm Mann, *Chile luchando por nuevas formas de vida*, Santiago, 1933, Tomo I, pp. 27-28. Conste que no existe acuerdo respecto a las exactas coordenadas del Valle. Mann, como hemos visto, lo extiende desde Coquimbo a Puerto Montt, Espinoza lo prolonga desde "el pié de la serranía de Chacabuco... hasta el seno del Reloncavi", cfr. Enrique Espinoza, *Jeografía descriptiva de la República de Chile...*, Santiago, 1897, p. 24. Gabriela Mistral, quien habla del "Llano Central", concuerda y lo traza entre Santiago y Puerto Montt; Gabriela Mistral, "Breve descripción de Chile" [1934] en *Recados: Contando a Chile*, Santiago, 1957, p. 128. En anterior número de esta misma revista, Juan Román limita el Valle entre Angostura de Paine y el río Biobío; cfr. Juan Román, "Apuntes de Región" en *Revista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca*, Número 1, diciembre de 2007, p. 11.

7

Mistral (1957), p. 128.

8

Ibid., p. 122.

9

"Según cifras de 1992, la Zona Central concentra el 92,4% de la población, y eso que comprende sólo el 40,9% de la superficie del territorio de Chile americano. En cuanto a la proporción entre espacios ocupados y vacíos, desde la V Región (de Valparaíso) hasta la VIII Región (del Bio-Bío) se manifiestan los mayores índices porcentuales de ocupación territorial (por sobre el 50%); la única excepción, fuera de la Zona Central, la constituye la IX Región (de La Araucanía), con muy altos porcentajes de territorios ocupados lo cual, por cierto, coincide con lo que ocurría en el siglo XVII, dada la alta concentración de población indígena en aquel entonces", Jocelyn-Holt (2008), capítulo IV, nota 4.

10

Ibid., p. 121.

11

Cfr. mi reseña de los dos volúmenes del libro *Casas de campo chilenas. I. Desde el Valle del Elqui hasta el Valle del Maipo; II. Desde el Valle del Maipo hasta el Valle del Maule*, de Teresa Pereira, Hernán Rodríguez y Valeria Maino, Santiago, 2004, en "Biblioteca QP: La Riqueza Chilena", *Qué Pasa*, 26 enero 2007, pp. 28-31.

12

Sebastián Edwards, "El modelo californiano, según el asesor de Schwarzenegger" en revista *Qué Pasa*, 30 de mayo de 2008, p.18.

13

Axel Christensen, "California Dreamin'" en revista *Qué Pasa*, 30 de

mayo de 2008, p. 23.

14

Christensen (2008), p. 23.

15

Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado (1814-1860)*, Santiago, 1973, p. 185. Sobre los chilenos en California en el siglo XIX, véase también Roberto Hernández C., *Los chilenos en San Francisco de California*, Valparaíso, 1930, 2 tomos.

16

Toda coincidencia con *laissez faire, laissez passer* (dejad hacer, dejad pasar) no es casual.

17

Jean Baudrillard, *América*, [1986], Barcelona, 1987, pp. 133, 134, 137, 139, 140, 141. En una veta crítica analítica similar a la de Baudrillard, para entender California y especialmente Los Ángeles, consúltense los libros de Reyner Banham, *Los Angeles. The Architecture of Four Ecologies*, Harmondsworth, Middlesex, 1971; Mike Davis, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Nueva York, 1992; y de William Alexander McClung, *Landscapes of Desire. Anglo Mythologies of Los Angeles*, Berkeley, 2000. Véase también John Miller, *Egotopía. Narcissism and the New American Landscape*, Tuscaloosa, Alabama, 1997.

18

Jorge Délano, *Yo soy tú*, Santiago, 1954, p. 203. Entre otros puntos de contacto que cabría mencionar, fuera del cine, durante el siglo XX, están el Plan Chillán y los convenios de la Universidad de Concepción (década de los 50) y de la Universidad de Chile (1965) con la Universidad de California, todos ellos vinculados al área agrícola.

Alfredo Jocelyn-Holt

Historiador, Doctor por la Oxford University, Profesor de la Universidad de Chile.

Correo electrónico: alfredo.jocelynholt@gmail.com





Mariposas

El territorio y la ciudadanía rural

Andrés Maragaño

Todo indica que frente a la complejidad que generan los nuevos vínculos y los nuevos actores territoriales, comienza a existir una voluntad general por adquirir perspectiva y amplitud (para captar de mejor manera el orden de las cuestiones), o a lo menos una intención, la de comprender cómo se ha formado y en qué consisten estas entidades físicas y mentales que hoy constituyen el territorio más allá de la ciudad.

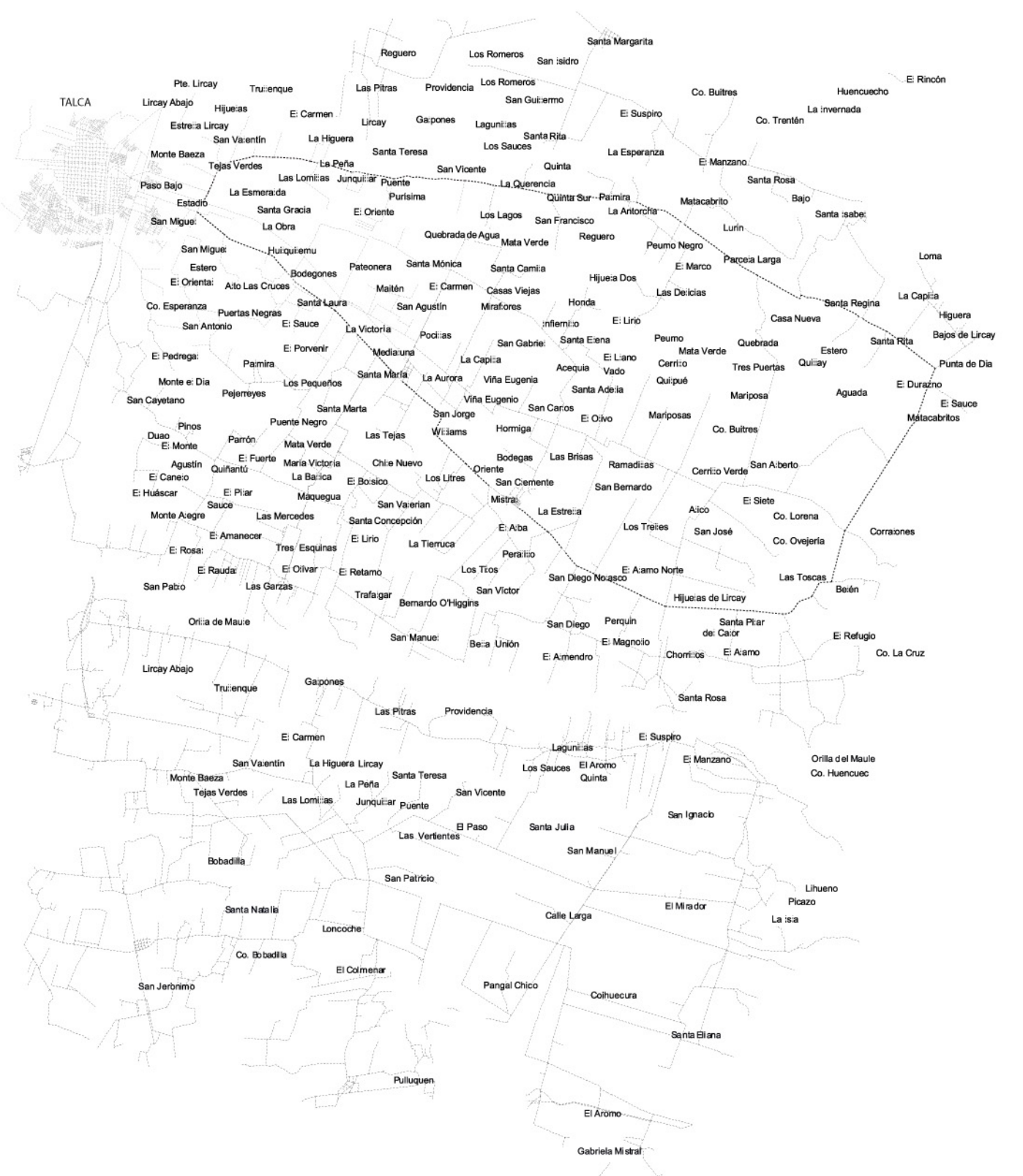
El mapa de los nombres

Llamaremos Mariposas a un sector bastante más amplio que el pequeño asentamiento que da su nombre a este artículo. Se trata, en realidad, de una amplia superficie de campo que hoy no tiene nombre único, aunque cabe consignar que alguna vez lo tuvo. Más bien corresponde a una extensión que se nombra a partir de cientos de nombres, multiplicidad de lugares que la conforman: Porvenir, Ramadilla, San Clemente, Mariposa, Mercedes, Aurora, Corralones, Quebrada de Agua, Santa Helena, Santa Rosa, Purísima... Fragmentos que son ciertamente partes de una gran parte, profundamente ligados entre sí, tanto por vínculos económicos, como por factores culturales e históricos. Ubicado en el Valle Central de Chile, el espacio en cuestión cuenta con unas 32.900 hectáreas y se puede reconocer exteriormente a través de diversas líneas: por su lado sur, la carretera CH 115 o camino internacional – paso Pehuenche; el Arco Oriente, que se desarrolla análogo a la

Cordillera de los Andes; por el norte, el Camino Las Rastras y el borde del río Claro, mientras que hacia el poniente se encuentra la propia ciudad de Talca, o para ser más precisos, la periferia disgregada de la ciudad, consecuencia del contacto entre los desarticulados suburbios, los desarrollos inmobiliarios periféricos y el aireado paisaje rural.

Confinado en estos trazos que podríamos caracterizar apuradamente como definidores físicos del espacio territorial, lo que encontramos inicialmente es un micro-mundo conectado a los recursos naturales, un paisaje matizado entre la dispersión de sus construcciones y algunas pequeñas concentraciones, como pueblos y aldeas, donde el conjunto de habitantes no supera los 18.000 (INE, 2002).

A partir de su fragmentada matriz de propiedad, comienzan a extenderse múltiples líneas de cultivos y bosques, desde donde emergen los espacios para las circulaciones, los canales, los muros y la materia apilada que se expone en las formas construidas. Todos ellos, signos que



TALCA

cohabitan y se entrelazan en la extensión del heterogéneo paisaje de Mariposas. Para el visitante ocasional, la imagen que describimos de seguro resulta un paisaje como el de tantos otros sectores rurales, pues en su generalidad comparte los mismos preceptos: máximo aprovechamiento de los recursos naturales y materiales, destrucción de lo dañino y exaltación de lo útil. Son sectores que al vincularse con el medio natural suelen priorizar la geografía frente a la geometría, puesto que en su localización los criterios topográficos y climáticos juegan un papel fundamental. De igual modo, el aprovechamiento de elementos vernaculares en los materiales de construcción, convierte a sus edificaciones en objeto de máxima satisfacción de necesidades.¹ Por otro lado, la tierra² ha sido aquí un fuerte agente sociabilizador. Los *espacios colectivos* surgen asimismo desde el tejido agrícola, realzando los aspectos culturales y asociativos de las comunidades, conteniendo y estimulando las imágenes de lo rural, aunque esta vez desde los lugares de reunión, interacción o recreación. Este medio natural es, en definitiva, re-inventado por las necesidades biológicas, geográficas y culturales de sus habitantes, y testimonia en sus huellas y surcos los períodos de cambio, económicos y políticos, que les ha tocado vivir. Estamos entonces ante un espacio que, como cualquier otro acto humanizado, depende también del tiempo.

El tiempo territorial

La historia del fundo Mariposas³ puede no ser única, aunque pareciera que puesta en el territorio específico se hiciese singular. Dicho fundo pasó de ser una gran extensión colonial a una explotación agrícola conectada al antiguo Ramal Talca-Corralones (1916), que por años sirvió para extraer y vincular su producción con lejanos puntos de consumo. Mientras los viejos fundos se apropiaban largamente del paisaje, la historia toleraba algunos espacios para el desarrollo de pequeños

asentamientos amparados en parroquias y estaciones ferroviarias. Estos últimos asentamientos muy pronto comenzarían a visualizarse como pueblos, haciendo nacer una *forma inédita de asociatividad*, constituida desde el seno de las explotaciones.⁴

Con los años la dispersión se hizo más patente, a la vez que se intensificaban las migraciones y el deambular de cientos de campesinos expulsados de los beneficios productivos. Tendían a configurarse nuevos escenarios para los mismos actores. La reforma agraria, por su parte, terminó por cambiar inevitablemente el destino de los grandes paños productivos, y por fragmentar la antaño monolítica espacialidad de la aristocracia terrateniente, ahora enfrentada a la emergencia de pequeñas parcelas de agricultura familiar y a la emergencia de conflictos sociales⁵. La planificación de la época contribuyó además al nacimiento de pequeños villorrios, entre ellos la actual Mariposas, cuya designación continúa participando del *mapa de los nombres* que conforman este territorio. Mientras el panorama territorial expone su difuso patrón de asentamientos, en los últimos años asistimos a un nuevo fenómeno: un Estado que pregona la equidad y el combate a la pobreza, alambra el paisaje rústico con electricidad y siembra escuelas y postas rurales que apresuradamente se convierten en otro fuerte vinculador social en el extendido paisaje rural.⁶

Paralelamente, la actual economía se ha encargado de impugnar la división del suelo por medio de grandes paños productivos que comportan una *reunificación*, o a través del auge del vino y otros productos naturales que se han logrado posicionar en los mercados consolidando el actual *modelo agro-exportador*. En respuesta a estos desafíos contemporáneos, la actividad anterior ha buscado sostenerse en la ampliación de sus zonas de cultivos (*rendimientos crecientes*) o en la agrupación de pequeños productores.

Pero el presente depara algo más que nuevas tecnologías⁷ y nuevas necesidades. También nuevos actores: talleres, pequeñas fábricas,

turismo, servicios, que en conjunto provocan que el área ya no dependa sólo de la agricultura. El nuevo sentido de la oportunidad comienza a redirigir de modo significativo la infraestructura existente. Así ocurre por ejemplo con el sistema de riego, que ha hecho posible la inusual presencia de algunas empresas salmoneras, ansiosas de aprovechar el caudal y la temperatura de las aguas para iniciar el proceso de su emblemático producto.

Los escenarios del desconcierto

¿Cómo deberíamos ver hoy a estos numerosos lugares? ¿Como pueblos, aldeas, caseríos esparcidos por la geografía y la historia? Pareciera que poco a poco se va perdiendo el valor socializador de la tierra, para adentrarnos en la incertidumbre de los nuevos procesos económicos⁹ (Teubal, 2001) y en las consecuencias de la emigración (INE, 2002). Sin embargo, lo cierto es que las dinámicas actuales no dejan de moverse en las singularidades geográficas, culturales e históricas de los habitantes del territorio, o para decirlo de otra forma: la dependencia de un pasado económico y sobre todo cultural es el escenario de fondo donde se mueven los nuevos actores (Bengoa, 2007:13).

Al apreciarla con ojos entusiastas, la situación muestra un renovado impulso económico que pudiera nutrir el extenso y alicaído mundo rural, pero lo que resulta paradójico es la cada vez más tenue conciencia de sí mismo que este mismo mundo exhibe, junto con la notable falta de complementariedad entre las respectivas comunidades y los nuevos actores. Ni en los aspectos físicos ni en la calidad de los espacios colectivos⁹, ni en los medios habitables ni en el volumen de la población, se perciben evidencias inequívocas de crecimiento. Los caseríos y poblados parecen no experimentar mayores desarrollos en cuanto a nuevas formas colectivas o asociatividades, con lo que se llega a la conclusión de que la sola inyección de recursos estatales o la incorporación de

actividades productivas constituyen factores insuficientes como para estimular, por sí solos, la consolidación de los hábitat rurales. Generalmente, las relaciones entre los nuevos y viejos actores quedan circunscritas a formas contractuales y a la figura del temporero, al paso que se intensifican las asimetrías y crece la pobreza rural. (Ver mapas de la vulnerabilidad, MIDEPLAN).

Quizás la explicación para tal suceso sea lo siguiente:

El desarrollo ha pasado a llamarse "crecimiento". Desde el punto de vista del impacto sobre la subjetividad rural, lo más importante es que el desarrollo rural ha dejado de hablar de sí mismo en el lenguaje de los sujetos y de las sociedades y ha dejado de narrarse como una historia. Ha pasado a formularse en el lenguaje sin sujeto y sin historia de la economía y de las políticas públicas universales. Ha pasado a ser entendido como una suerte de evolución guiada por leyes naturales cuyo paradigma es la economía, es decir, el vértigo histórico ha dejado entre paréntesis las identidades históricas. (Canales, 2002:34).

El resultado es un paisaje del desconcierto, donde se distinguen energías dispersas más que sinérgicas, más lineales que sistémicas. En el caso de Mariposas, el tejido de las distintas formas de habitar y las diferentes economías no redundan en una consolidación del territorio, sino en un estado de precariedad social, económica y a veces hasta ecológica.

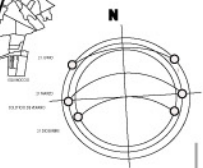
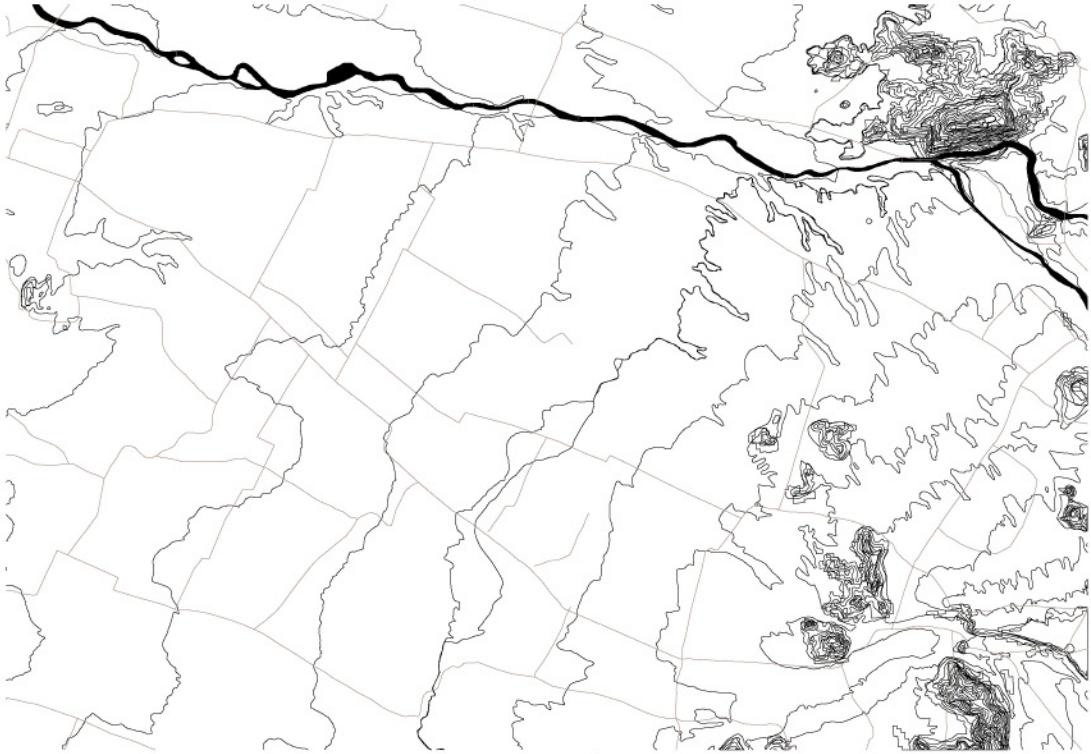
Así, el futuro puede no ser muy prometedor para las comunidades. Menos si se considera la apropiación que ciertas economías exitosas, como la del vino, van operando sobre la imagen rural positiva, banalizada hoy en día por unas arquitecturas de teja y adobe que acusan un inminente ajardinamiento del paisaje.

Visto desde el extremo opuesto, todo lo anterior puede entenderse también como la manifestación de una sociedad que avanza con impaciencia, y que a fuerza de una gran dinámica sostiene sus crecimientos a partir del

Sistema hídrico: canales y recorridos.
Matriz de caminos



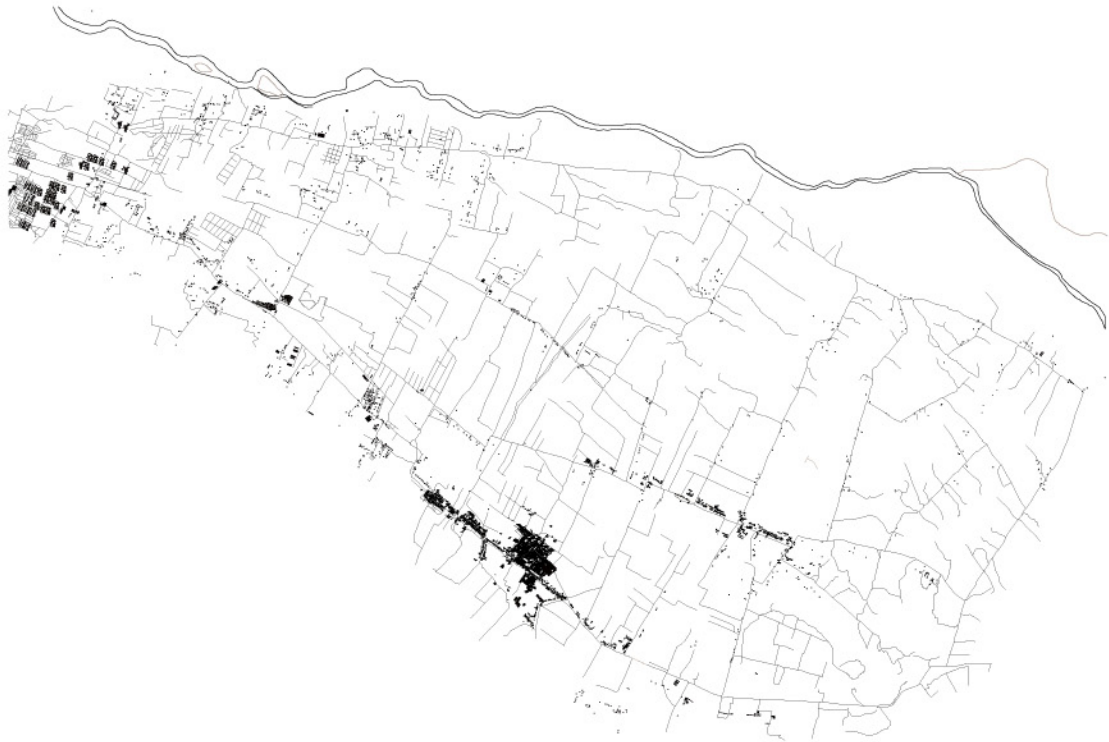
La forma geográfica: relieve
Matriz de propiedad o tejido de parcelación,



Tamaño de explotación agrícola forestal: grande
Tamaño de explotación agrícola forestal: pequeño



Asentamientos: disposición de construcciones
Espacios colectivos rurales.



empuje individual, aquel ímpetu que encuentra posibilidades y las aprovecha. El territorio, nos guste o no, es siempre el reflejo de la sociedad que lo produce, y el territorio rural -actualmente un escenario libre, pero desintegrado y superfluo- no puede ser la excepción.

Los espacios colectivos rurales

En nuestro espacio específico, podemos afirmar que pese al desconcierto unas pocas comunidades de Mariposas han establecido lazos más fuertes y se han hecho conscientes de su identidad a través de una voluntad de proyecto. Esto se puede verificar en la generación de nuevos espacios colectivos, o en la consolidación de emergentes espacios de socialización. Ambos procesos han sido generados esta vez desde el seno de las comunidades.

La decisión de generar proyectos puede explicarse por el afán de seguir un camino evolutivo propio, produciendo integraciones en diversos planos necesarios: sociales, culturales y educativos; planos que se complejizan y que encuentran nuevos horizontes, confrontados con un proyecto común cuya principal materialización son precisamente los espacios colectivos, quizá los únicos que ratifican la existencia de una vocación generativa. Valga destacar, en este sentido, estrategias como la recuperación de antiguas estructuras o edificios, lo que se traduce en retomar activos patrimoniales y dirigirlos hacia el futuro. En Mercedes, el más cohesionado de los poblados en escrutinio, sus habitantes se han reconocido como sujetos territoriales, de forma que han escogido evolucionar, reproducirse y entenderse como *ciudadanos rurales*, para lo cual han modificado su entorno, consolidándolo materialmente. Diversos proyectos e iniciativas dan cuenta de este hecho.¹⁰

Un par de lineamientos se hacen visibles: algunas comunidades evolucionan y encuentran una fuerte representación en sus espacios colectivos más que en sus prácticas individuales; se trata de espacios distintivos, que recuperan los preceptos de la construcción rural, y al mismo tiempo

son espacios abiertos, son imaginación, están compuestos por el paisaje y dependen de él, son geográficos, son colaborativos y culturales, alcanzando un alto nivel de creatividad, pues se abordan desde la carencia, aunque aprovechan felizmente los recursos territoriales, la materia, las formas y los significados disponibles. En general, estos espacios colectivos rurales tienen distintos tamaños y diversas funciones, se presentan disgregados en el paisaje territorial: como canchas de carreras, sedes sociales, ferias, escuelas, camping, rodeos, en cualquier caso partes de una gran parte, y siempre ligados entre sí, capaces de fortalecer la esquiiva idea de comunidad, y de avivar la experiencia cotidiana, a la manera de un *envolvente cultural* que es producto de la identidad del grupo que lo moldea. Por lo tanto, configuran un bien dirigido hacia la supervivencia de la comunidad y sus interrelaciones. "El factor territorial -ha escrito Candia (2007:16) considera el espacio como un factor de integración donde se desenvuelven e interactúan diversas actividades locales, explorando y aprovechando las ventajas que emergen de estas dinámicas para el desarrollo de la población rural."

Las mencionadas circunstancias son sin duda fundamentales para superar nuestra escala de valores urbanos, y suficientes como para abordar el problema con otra visión.

La ciudadanía rural

De algún modo lo que está en juego hoy es la equidad territorial, nuestro capital territorial, las residencias y hábitat más allá de la ciudad. De no asumirlo, habría que recaer en aquella sentencia rotunda y mezquina: *la ciudad es el único modelo habitable*. El territorio en su escala kilométrica requiere de estas comunidades para ser completo y complejo, para poder abordar las potencialidades y el rico paisaje de posibilidades que se encuentran involucradas en nuestra extensa geografía. Las áreas rústicas pudieran encontrar su destino en los espacios naturales, en parques agrícolas, en asentamientos bien equipados y culturalmente vivos, en sus arquitecturas, en áreas tecnológicas y

productivas, en sus espacios patrimoniales, etc. Sea cual sea la forma final, deben ser igualmente consideradas como activos que brindan ventajas competitivas a las regiones.

Volviendo al paisaje de Mariposas, las preguntas son múltiples: ¿es posible estimular este espacio desde las posibilidades y las actuales coyunturas del territorio? ¿Es factible hacerlo desde los instrumentos de inversión vigentes o desde los programas de gobierno? ¿O, por el contrario, habrá que procurarse otros instrumentos que puedan ir conjugando a todos los actores? Y si somos todavía más específicos, ¿cómo son y deberían ser los nuevos colegios, jardines infantiles, paraderos, comedores y ferias rurales?

Seguramente, *la construcción de la idea de una ciudadanía rural o territorial* sea el primer paso para propiciar un marco que dirija los impulsos futuros, apostando siempre a la imaginación y a los activos del propio territorio. Un marco que, por ejemplo, pueda ser valorado en un momento en que MIDEPLAN se prepara para su "tercera fase", donde nuevos equipamientos y servicios serán puestos a disposición de las comunidades bajo el criterio omnipresente de la Vulnerabilidad. Sin refutar este criterio, la verdad es que el territorio en su conjunto debe constituirse en el mapa de las posibilidades, es decir, mapas de la pobreza y mapas de la riqueza, conjurados para actuar pensando en las alternativas del futuro y no sólo en el sistema, pues corremos el riesgo de estar imponiendo una limitación estructural al desarrollo económico y social del país. Una visión más amplia, como la que hemos estado señalando, permite que el escenario se haga extremadamente sugerente: es preciso reconocer el valor de Mariposas, sopesar sus potencialidades, y a la vez establecer criterios generales de actuación que (re)afirmen su identidad y la de sus espacios, distinguiendo desde un criterio de proyecto las medidas para el adecuado desarrollo de las actividades que allí se implementen. En resumidas cuentas: Mariposas como un concepto, como un hecho de interés social y natural, y también como un objetivo cultural y ecológico. (IICA 2000) ¹¹

Notas

1

Parte del texto está tomado del estudio: *La construcción del territorio disperso*, realizado por Xavier Eizaguirre (2001) acerca del territorio rural de Cataluña.

2

Cabe destacar, a modo de información, que la agricultura en estas latitudes existía desde periodos pre-hispánicos (cuenca sur del río Maule), incluyendo el secano costero.

3

Para conocer parte de la historia del fundo Mariposas y de las costumbres de aristocracia de la época, ver José Donoso (1996).

4

Se hace la distinción a razón de la naturaleza de estas fundaciones y las razones que impulsan el nacimiento de estos pueblos y asentamientos, a diferencia de los otros pueblos y ciudades del Valle Central, que nacieron como puntos de avanzada en el proceso de Conquista, como Talca, Linares, etc.

5

Ver Mapas: Instituto de Investigación de Recursos Naturales – CORFO, convenio IREN, Intendencia Séptima Región del Maule.

6

Indicadores comunales (MINVU 2008), Educación básica, Cobertura 97 %, Educación media, Cobertura 81 % (2002) lo que demuestra la efectividad del proceso, según los índices.

7

Por nombrar las más conocidas y probablemente las más importantes para el futuro inmediato: cultivos innovativos, agricultura genética, bio-combustibles. (MIGRAVI 2008)

8

Según Miguel Teubal (2001), estas tendencias de la globalización apuntan al empobrecimiento e incluso la desaparición de los tradicionales actores sociales del medio rural: campesinos, medianos y pequeños productores agropecuarios, trabajadores rurales, etc.

9

Hemos tomado el concepto de *espacio colectivo* a partir de algunas publicaciones que a partir de los espacios públicos, han acuñado el concepto de espacios colectivos para contener en este concepto aquellos nuevos espacios de concurrencia social, que no son necesariamente públicos, pero que hoy contienen un gran valor sociabilizador: estadios, mercados, áreas comerciales, etc.

10

En Mercedes, poblado de 1.500 personas (INE 2002), se han efectuado varias iniciativas con el fin de desarrollar la comunidad en los términos expuestos: lugares colectivos, radio, biblioteca y la recuperación de una antigua estación con el fin de tener un centro cultural, todo lo anterior potenciando espacios de asociatividad e identidad. De esto incluso resultan reconocimientos por parte de la comunidad regional.

11

El Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, IICA, menciona que la "nueva ruralidad" debe estar sustentada en una visión territorial de lo rural, lo cual permite visualizar la multiplicidad de funciones vinculadas al desarrollo agrícola, agroindustrial y artesanal, a los servicios, turismo y cultura, a la conservación de la

biodiversidad y los recursos naturales, es decir, a los ecosistemas locales y globales sustentadores de la vida y sus actividades productivas.

Referencias bibliográficas.

Bengoia, José. Editor (2007). *Territorios rurales. Movimientos sociales y desarrollo territorial rural en América Latina*. Santiago: Rimisop

Canales, Manuel (2005). *Chile rural, un desafío para el desarrollo humano; La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos*, Nº 12 de la serie Temas de Desarrollo Humano Sustentable, PNUD.

Candia, David (2007). Propuesta metodológica para una definición funcional de ruralidad. En Martine Dirven (Ed.), *Hacia una nueva definición de "rural" con fines estadísticos en América Latina*. Santiago: Serie de Desarrollo Productivo y Empresarial, CEPAL.

Donoso, José (1996). *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*. Madrid: Alfaguara.

Eizaguirre Xavier (2001). *La construcción del territorio disperso; Talleres de reflexión sobre la forma difusa*. Barcelona: Ediciones UPC.

IICA (2000). *El Desarrollo rural sostenible en el marco de una nueva lectura de la ruralidad; Nueva ruralidad*. Panamá: Serie de documentos conceptuales.

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (2005). Observatorio Urbano. Indicadores Comunales 2002, División de Desarrollo Urbano.

Teubal, Miguel (2001). "Globalización y nueva ruralidad en América Latina" En: Norma Giarraca, comp. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Consejo latinoamericano de ciencias sociales. CLACSO - Agencia sueca de desarrollo internacional. ASDI.

Solà-Morales, Manuel (1994). "Espacios públicos y espacios colectivos". *Revista Universitaria* Nº 46. Santiago: Ediciones Pontificia Universidad Católica de Chile.

VV.AA (1997). *Vicisitudes y cambios en el mundo rural chileno, La última modernización agraria ¿La gran solución de fin de siglo?* Anales de la Universidad de Chile, Sexta Serie, Nº 5, Octubre.

La cartografía del artículo está elaborada a partir del proyecto CONAF-CONAMA 2002, Proyección UTM, Datum PASAD 56, uso 19 sur. Intervenida y actualizada según las necesidades del estudio.

Andrés Maragaño

Arquitecto, Master en Proyección Urbanística, UPC, 2005.
Profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca.
Correo electrónico: amaragano@utalca.cl





Tierra del Valle Central de Chile

Justo Pastor Mellado

Tierra del Valle Central de Chile. Esta es la frase que me pronunció Juan Román, para solicitar el texto que leerán a continuación. Su propósito era editar un número sobre el Valle Central, para una revista de arquitectura no enteramente escrita por arquitectos. ¡Ah! Los arquitectos que escriben son todo un problema porque se esmeran por encubrir las epistemologías inconscientes que acarrearán consigo. La solicitud de Juan Román apunta, lo entendí de inmediato, a producir en el formato *revista-de-arquitectura* un efecto análogo al que buscaba Juan Luis Martínez cuando produjo *La Poesía Chilena*. Justamente, la frase que repetía Juan Román era la que había leído en dicha edición, como rótulo de la bolsita de plástico que contenía tierra negra y que formaba parte de los objetos gráficos que configuraban el libro en cuestión. Entonces, por un lado, le llamaba libro a algo que no era un libro, pero operaba como si lo fuera. En el caso de la *revista-de-arquitectura*, la hipótesis apunta de manera similar. De ahí habría que pensar en la legitimidad de editar una *revista-de-arquitectura* con escrituras prestadas y destinadas a circular, en un medio de enseñanza en el que textos de la naturaleza

que escriben los autores invitados no son frecuentemente leídos. Lo anterior remite a la confianza de Juan Román en el efecto de las “ciencias externas”; es decir, la poesía y la novela, en el estudio del territorio. Pero más que nada, en la construcción del paisaje.

Debo mencionar, al respecto, un prólogo de Raúl Zurita, en un catálogo para una exposición holandesa de arte chileno, durante la dictadura. En este texto sostenía que la pintura chilena no había producido artistas de la talla de los “cuatro grandes” en poesía. A través de esta declaración instalaba la idea de que la invención del paisaje chileno era un efecto de la poesía. No bastó con nombrar a Chile, sino que en el enunciado de este nombre estaba incorporada la posibilidad de su representación. Zurita escribió este texto en 1986; es decir, diez años después que Martínez editara *La poesía chilena*. Este último, al incluir un poema-objeto en la edición, ya había anticipado la deuda de esta pintura: Martínez *presentaba* una porción de tierra para poder situarla como aquella materia cuya representación hacía (la) falta. Pero también la convertía en irrepresentable; es decir, sólo pudiendo ser objeto de enunciación verbal. El verbo, en Chile,

funda el paisaje, porque lo urbaniza. Es decir, solo es posible relatar y delimitar un paisaje desde una distancia foránea, citadina. De ahí que adquiere sentido en esta argumentación el propósito de Enrique Lihn, cuando en sus conversaciones con Pedro Lastra sostiene que la novela es análoga a un proceso de urbanización. Y si esto es efectivo, la representación que podemos tener del Valle Central de Chile ha sido fijada por *El obsceno pájaro de la noche*, de José Donoso, en su fase de des-constitución. Porque la fase de constitución estaría relatada en *Gran señor y rajadiablos*, de Eduardo Barrios, publicada en 1949. En ella, Barrios arma la ficción de la "puesta en orden" económica y política en el propio Valle Central; o sea, Chile, en el siglo XIX, en momentos previos a la guerra del Pacífico y a la *pacificación* de la Araucanía. En ese tono, la novela ha sido la articuladora de la unidad del territorio. Lo que no hace sino señalar que la novela, en Chile, ha precedido a la sociología y le ha indicado el horizonte de su desarrollo inadecuado como disciplina, rebajada hoy día a la función de productora de insumos para la industria de la gobernabilidad. Según lo anterior, en nuestra formación

simbólica, subordinada en lo real a la delimitación imaginaria del Valle Central, si se sitúa a la poesía en el terreno de la anticipación utópica del Ser, entonces tendríamos que atribuirle a la novela el rol de la descripción desfalleciente del *ethos* de una oligarquía que no supo cómo poder sostener en pie la seminalidad de su verbo. Al menos, resulta evidente que el diagrama de la hacienda chilena ha sido verificado sólo como uno de los efectos de la reforma agraria, por sustracción. Sólo en esta condición regulada y reguladora de los mitos rituales de la tenencia y propiedad de la tierra del Valle Central de Chile, ha sido posible reconstruir la unidad de conciencia perdida que esta oligarquía exhibía desde comienzos del siglo XX.

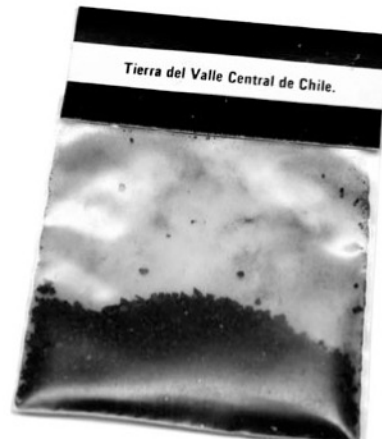
No será del todo arbitrario conectar la edición de *La poesía chilena* (1978) como respuesta sutil y extremadamente política a la nostalgia de una novela convertida en un film exitoso: *Julio comienza en Julio*, de Silvio Caiozzi (1977). José Bengoa escribió una crítica, en ese entonces, en que acusaba a dicha película de reivindicar el latifundio en plena contrarrevolución agraria; pero lo que le faltó a Bengoa fue concentrar la crítica en la política seminal del patrón, ya

que en el Valle Central de Chile, lo que armaba las filiaciones subordinadas era el "derecho a pernada". El fantasma de esa narración atravesaba las genealogías en los campos, otorgando a los burdeles rurales un estatuto fundamental en la economía distributiva de los nombres. La tierra de la bolsita es una parodia a la tierra "debajo de la alfombra", gesto doméstico tan propio de la hacienda, pero que desplaza el valor del "padre muerto" en la caja-libro de Martínez, porque su sola mención hace referencia analítica al *falo caído*; es decir, la condición desfalleciente de la oligarquía, cuyo antecedente toponímico es el Valle Central de Chile.

El gran trabajo de la dictadura fue montar la re-oligarquización de la sociedad chilena. Dicho montaje sólo podía restituir los símbolos del daño inflingido poniendo en marcha la reconstrucción patrimonial más espectacular de los últimos tiempos: recolonización vitivinícola, crianza de caballos de raza chilena y restauración de las capillas de fundos expropiados y restituidos mediante una severa contrarrevolución agraria. Estas tres operaciones de restauración nobiliaria tienen lugar en el valle central de Chile, cuya tierra embolsada en la edición de *La poesía chilena* aparece como un síntoma de la *arqueología de pacotilla* que sostiene la memoria de la invención del paisaje por inversión.

De este modo, la lectura concebida y exigida por Juan Luis Martínez en *La poesía chilena*, corresponde a una excavación que debe ser puesta en relación con la disposición de materiales gráficos que forman parte del *libro desplazado*. Es decir, que uno de los objetos que va a revolucionar la filiación de la poesía, como petición metodológica para abordar la

excavación como disciplina de conocimiento, en la coyuntura chilena de 1978, es una caja de cartón, especialmente diseñada para acoger poemas-objetos-gráficos, en una condición que rechaza la posibilidad "tener lomo". Esto significó redefinir las condiciones de la editorialidad en Chile. Y no cabe duda que debe haber una mención a la edición de los *Artefactos*, de Nicanor Parra, bajo la forma de fichas y tarjetas, también dispuestos en caja, en 1972. Sin embargo, la valencia que tiene editar "en caja" en 1978 es diferente, porque significa entender la propia caja como un ataúd portátil, en que son puestos en crisis la materia propia de la poesía, al publicar Juan Luis Martínez los certificados de defunción de los "cuatro grandes" de la poesía, como objetos literarios encontrados en el Registro Civil y de Identificación, en un momento en que el derecho a portar los nombres de otros cuantos ciudadanos son trasgredidos y travestidos para encubrir las condiciones de circulación de los cuerpos. En este caso, lo que es puesto en (e)videncia es la corporalidad material de la propia poesía, entre el certificado como cliché literario y el fragmento de materia que cita "la fértil provincia señalada". Con toda certeza, la solicitud de Juan Román apuntaba a poner de relieve el peso simbólico del significante "fertilidad de la tierra" en la invención de la habitabilidad chilena de los orígenes. (Remito para terminar, a título no sólo informativo, sino como soporte de esta entrega, al análisis que Andrés Ajens realiza de *La Poesía Chilena*, en *Lo que comienzo a leer ahora*, publicado en *Merodeos en torno a la obra poética de Juan Luis Martínez*, editados por Soledad Fariña y Elvira Hernández, Ediciones Intemperie, Santiago de Chile, 2001)



Justo Pastor Mellado

Critico de arte, curador independiente.

Correo electrónico: justomellado@yahoo.com





Technoscapes

Ed Van Hinte

Así es como empezó todo: para los primeros nómades, la tierra era algo incuestionable, simplemente estaba allí. Honraban a vegetales, animales, praderas, montañas y grutas por lo que éstos les proveían, pero aparte de eso los usaban de manera más bien pragmática: como fuente de refugio, comida y materias primas para herramientas. Sin embargo, gradualmente nuestros ancestros medievales descubrieron el fenómeno del paisaje como algo susceptible de ser diseñado y creado en más de una forma. Hoy nos enfrentamos a un conflicto de interés entre grupos que sostienen distintos puntos de vista sobre los propósitos a los que el paisaje debe servir. Este conflicto se hace más evidente con el crecimiento de la población y el impacto medioambiental de la tecnología. Holanda, el país donde nació y crecí, es una de las áreas más densamente pobladas en el mundo; tanto que, debido al proceso de urbanización continuo a que está sometida, algunos la consideran la ciudad menos densamente poblada del mundo. Como consecuencia, todo en ella

está bajo control. No existe una sola hebra de pasto que no forme parte de algún tipo de planificación, y cada centímetro cuadrado de territorio ha sido diseñado y modificado al menos dos veces. Es imposible cambiar el más mínimo detalle sin que alguien repare en él. Chile tiene aproximadamente el mismo número de habitantes que Holanda, pero su superficie es casi 20 veces mayor. Por supuesto, no toda esta superficie es completamente habitable, pero al compararse con Holanda, Chile se mantiene virtualmente deshabitado fuera de las principales ciudades. Esta abismante diferencia es la que nos lleva a indagar sobre la evolución en el uso de la tierra y del diseño del paisaje, evolución estrechamente vinculada al crecimiento de la población y al desarrollo tecnológico y económico, el que a su vez es consecuencia del proceso de globalización. Según lo anterior, y hasta un cierto punto, Holanda representa el futuro de Chile, o al menos el de algunas regiones como el Valle Central, que según entiendo, podría tornarse

una vasta ciudad dentro de un futuro no muy lejano.

Pragmatismo

Las primeras tribus nómades que habitaron la larga y estrecha franja de tierra que hoy define a Chile hicieron uso de rocas, pieles de animales, troncos y ramas para construir sus refugios. Antes de que comenzara la colonización española, el imperio Inca que en ese momento dominaba gran parte del territorio chileno, había probado cierta destreza en la construcción de caminos y senderos, así como en la construcción de puentes colgantes por medio del uso de cuerdas. Sin embargo, los incas nunca hicieron uso de ruedas o de animales como medio de transporte; en cambio viajaron y transportaron cosas a pie, situación que limitó la cantidad de materiales que fueron capaces de llevar de un lugar a otro. Así, para construir, recurrieron por obligación a los elementos disponibles en los alrededores, a excepción de la cuerda, que

probablemente pudo ser trasladada con mayor facilidad debido a su ligereza.

En ese tiempo, en el imperio Inca ya se había consolidado una tradición agrícola; el uso de la tierra fue principalmente pragmático y se desarrolló a una escala relativamente moderada. La colonización del territorio que hoy ocupa Chile por parte de los europeos fue más bien tardía, principalmente por las dificultades de acceso, en comparación con otras regiones cercanas. Pero una vez descubierta su riqueza en minerales y bosques, así como el potencial agrícola y pesquero, el proceso se aceleró. Esto trajo como consecuencia un cambio drástico en la fisonomía de las regiones más fértiles del territorio. La tierra fue distribuida entre los explotadores, y caracterizada por el orden rectilíneo de la economía y la eficiencia.

Chile fue el primer país en Sudamérica que contó con ferrocarriles. Los bosques se transformaron en campos de cultivo destinados a la obtención de granos y más tarde frutos y uva para la producción de vinos. El proceso

de deforestación continuó hasta los años 70. Entonces es cuando surge la conciencia global acerca de la necesidad de reforestación para sostener la industria.

Desde el punto de vista de un uso pragmático de la tierra, uno podría distinguir entre un casi obsoleto pragmatismo de pequeña escala, del tipo que permitiría a una persona construir una vivienda con madera, piedras y ramas disponibles en los alrededores inmediatos; y un uso para una producción de gran escala, para consumo masivo y comercialización, con la ayuda de una maquinaria poderosa y medios de transporte pertinentes.

En Holanda son válidos los mismos principios, con la salvedad de que los cambios más significativos sobre el paisaje fueron parcialmente causados por la transformación de arboladas praderas pastoriles -la parte "seca" del territorio holandés- en campos de cultivo. Sin embargo, el mayor impacto fue causado por la transformación de las aguas y vegas del delta del Rhin en tierras secas. Gran parte del territorio holandés no estaba simplemente ahí, listo para ser habitado o usado, sino que debía ganársele al mar.

Para un extranjero que aterriza en Holanda, por lo general es impactante el saber que el aeropuerto de Schipohl en Amsterdam está ubicado seis metros bajo el nivel del mar, y fuertemente protegido por diques. Holanda fue creada y construida con palas, bulldozers y bombas, lo que la hace un país muchísimo más artificial de lo que Chile nunca sería. Desde su origen, Holanda es un producto de la ingeniería civil con fines económicos; sus habitantes produjeron tierra para convertirse en uno de los más importantes actores en la producción agrícola.

Algo muy extraño

Paralelamente a esta aproximación desde la economía, de la que el caso holandés es sólo un ejemplo extremo, surge una influencia completamente diferente: el concepto de

paisaje, que nació en el siglo XVI.

El Renacimiento en Italia trajo consigo una nueva manera de mirar lo rural, que poco tenía que ver con una existencia de bajo perfil y enfocada a la tala de bosques, a la crianza de ganado y al cultivo de vegetales. Pintores como Giorgione y Tiziano transformaron el paisaje -que otrora ocupase el rol de un fondo casi invisible, detrás de retratos o escenas bíblicas- en un tema significativo por sí mismo. Dicha transformación, que si bien es cierto ocurrió más de medio milenio después de que los chinos inventaran la representación del paisaje, es sin duda relevante para nuestro argumento.

En un comienzo, la pintura de paisajes operó sobre motivos de ficción: el verdadero concepto de paisaje comenzó siendo una imagen imaginaria sobre una pared. Luego ocurrió algo realmente extraordinario, que no se conecta con ningún incidente en particular. Aunque consideraban que todavía eran necesarios algunos ajustes, Vermeer y otros artistas descubrieron la posibilidad realmente nueva de retratar paisajes: se dieron cuenta que las reglas de composición visual también podían ser aplicadas a un paisaje real.

El siguiente paso fue el de valorar la "naturaleza", un término que en ocasiones reemplaza al concepto de paisaje, designando aquello que no ha sido intervenido por los seres humanos.

La conservación de la naturaleza comienza entonces a cobrar importancia. En el año 1864, Yosemite, en California, se convertía en el primer Parque Nacional: un área natural protegida por el Estado, predecesora de muchas reservas en todo el mundo, incluyendo por supuesto algunas en Chile y algunas pequeñas en Holanda.

Por otro lado, está también la antigua tradición del diseño de jardines como una extensión del proyecto de arquitectura, un foco único que debiera inspirar otras disciplinas, toda vez que involucra elementos que se originan de manera invisible y que se desarrollan y al parecer cambian con el correr del tiempo.

Si reunimos todas estas interpretaciones -el retrato, la experiencia de la "naturaleza", el

diseño de jardines- podríamos acercarnos a la idea de que la práctica del "hacer creer", propia del paisaje renacentista, llega a constituirse en la práctica del diseño de un verdadero paisaje natural. Fue tal cambio de conciencia el que llevó al surgimiento de una nueva profesión: la arquitectura del paisaje. De este modo, el paisaje se hace objeto de diseño y de tecnología, al tiempo que se le inscribe en un discurso ideológico.

Podemos afirmar que la profesión de arquitecto del paisaje evolucionó desde la jardinería. El jardín se extendió hacia áreas más amplias y se incorporó al ámbito de lo público. Un gran ejemplo de este proceso son los jardines y paisajes Stowe, en Buckinghamshire, en el Reino Unido, que se caracterizan por albergar una serie de edificios neoclásicos de diversos tamaños. Su autor, Lancelot Brown, consiguió recrear genialmente una auténtica imagen romántica, en la que el visitante se sumerge. El parque es no obstante una paradoja. El énfasis de su expresión está puesto en lograr una apariencia lo menos industrial posible, pese a que el crítico Jonathan Meades -en un documental hecho para la televisión y que hoy se encuentra disponible en youtube- lo define como "una serie de artificios que ocultan su artificialidad."

El parque luce una naturalidad mayor que la de la misma naturaleza, por medio del uso cuidadoso de unas irregularidades que, desde luego, no habrían existido sin la aplicación de ciertas herramientas y dispositivos de transporte. Esta omnipresente devoción humana por lo natural puede ser rastreada también en iniciativas como la del farmacéutico Eugene Schieffelin, miembro de la Sociedad Americana de Aclimatación, fundada en 1871 con el fin de importar pájaros desde Inglaterra a Estados Unidos, bajo el argumento de que William Shakespeare lo habría mencionado en una de sus obras. El gran dramaturgo, por supuesto, lo dijo o hizo tan sólo una vez, y sin enterarse de que esas pocas gotas de tinta poética causarían que millones de aves tuviesen que adaptarse al otro lado del Atlántico desde hace casi dos siglos.

Paisaje cultural

Tomando en cuenta su consabida artificialidad, el concepto holandés de naturaleza evolucionó -más allá de las reservas, más allá de los parques con pabellones neoclásicos-, hacia implicancias más bien extrañas. Ya está dicho: todo ha debido ser planificado y creado, inclusive aquel paisaje que supuestamente mantiene su aspecto previo a las transformaciones propiciadas por los holandeses. Este fenómeno es conocido como "Nueva Naturaleza": porción de tierra donde el hombre se supone que no interviene. El gobierno puede asignarle esa categoría a un terreno, y puede ocurrir asimismo que inmensas maquinarias creen un área de Nueva Naturaleza por medio de la destrucción de toda la vegetación anterior, sea a propósito o por accidente. A menudo los animales -entre ellos las enormes vacas "Highlander" son incorporados más tarde para mantener el pasto y las plantas que crezcan naturalmente. Un área de Nueva Naturaleza puede ser identificada por la reja que la rodea, junto con las señales informativas ubicadas en cada entrada, que advierten al visitante qué tipo de vida animal pueden encontrar ahí. Un área designada de esta manera puede ser tan pequeña como el equivalente a dos canchas de fútbol, y tan extensa como Oostvaarderplassen, un área completa de nuevas vegas en las cercanías de Ámsterdam, la que hoy se ha convertido en la zona de reproducción de una nueva pareja de bienaventuradas águilas pescadoras. Además, existe un plan de reintroducción de lobos en la zona, una especie que desapareció del delta del Rhin eras atrás. Los representantes de diferentes grupos de interés discuten en los medios sobre la conveniencia de dejar los esqueletos y cuernos de ciervos sobre la tierra, como ocurriría naturalmente. Otros creen que debieran ser removidos por la posibilidad de intimidar al público. Los defensores y promotores de la Nueva Naturaleza constituyen el principal de estos grupos de interés; el segundo lo componen quienes aman el paisaje holandés de

los siglos pasados: aquella típica pradera verde, horizontal, de acequias rectas y sauces podados, un molino de viento por aquí y otro por allá, y un grupo de vacas blanquinegras pastando de trecho en trecho. Lo que buscan estos últimos conservacionistas, más que la expresión de una naturaleza en estado salvaje, es perpetuar un paisaje creado y diseñado para la agricultura, un paisaje esencialmente industrial, nostálgico y bello, cuya tragedia es el cambio que trae el tiempo y las fuerzas económicas. Hoy, la importancia de la ganadería disminuye, y resulta mucho más barato para los granjeros mantener las vacas dentro de los establos; de hecho, en la actualidad estos mismos granjeros reciben un subsidio que pretende asegurar su colaboración con miras a conservar esa imagen pastoril tan familiar. La ganadería holandesa, como puede verse, ha adquirido el estatus único de patrimonio industrial. Los defensores del paisaje cultural holandés sostienen una postura fuerte, pero sus argumentos se debilitan frente a la realidad de la industria, caracterizada hoy por el surgimiento intermitente de áreas pobladas con edificios corporativos escasamente coherentes entre sí. Este fenómeno, al que se suele llamar "basurización del paisaje", es rechazado de forma masiva, debido sobre todo a las imágenes que genera, aunque tal vez en el futuro se le acepte también como un nuevo patrimonio industrial. Idéntica idea podría ser aplicada para observar el fenómeno de los molinos de viento modernos, cuyo número aumenta con rapidez, al paso que su imagen concita un apreciable repudio. Por un lado: molinos que generan energía limpia y que por lo tanto descontaminan el aire; por el otro, molinos cuya visualización es considerada un agente contaminador del horizonte. Los distintos

puntos de vista conforman una extraña lucha ambiental entre pasado y futuro.

Modestia

La situación holandesa ilustra hasta dónde pueden llegar los desacuerdos sobre el destino del paisaje. Obviamente es difícil predecir lo que ocurrirá en el futuro, pero nuestro ejemplo tiende a develar algo de lo que podría suceder en Chile y en otras regiones menos explotadas. Dado que Chile posee grandes extensiones aún no tocadas por el hombre, pasará todavía un largo tiempo antes de que el paisaje esté tan definido e intervenido, tanto como para que surja la necesidad de recrear la naturaleza en vez de protegerla.

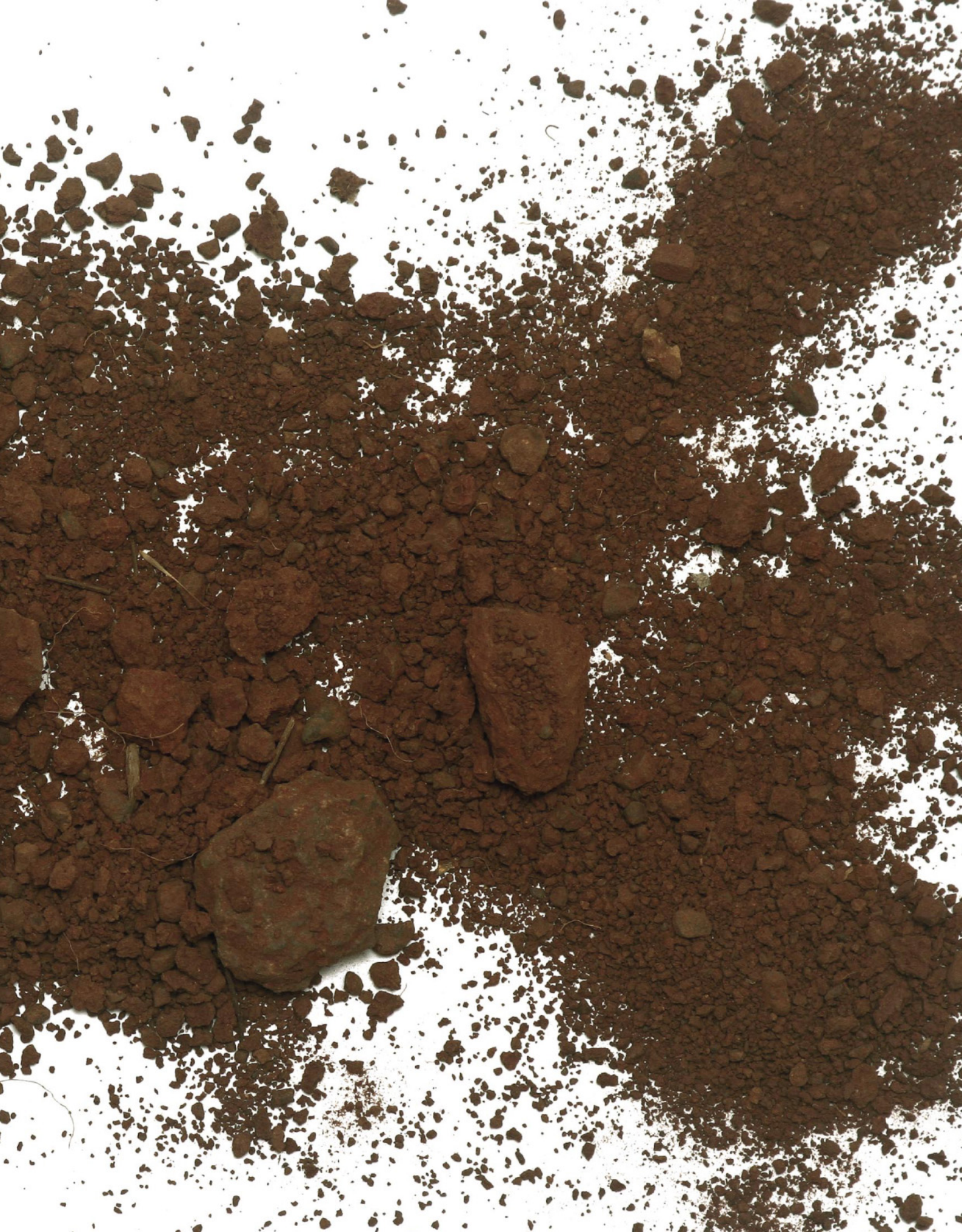
El diseño del paisaje, sin embargo, ya está efectuándose. He visto al respecto algunos trabajos desarrollados por estudiantes de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca. Son intervenciones modestas, "follies" que representan primeros pasos en lo que denominaríamos una "colonización del paisaje", basada en la idea de que hoy es posible diseñar el paisaje con medios simples.

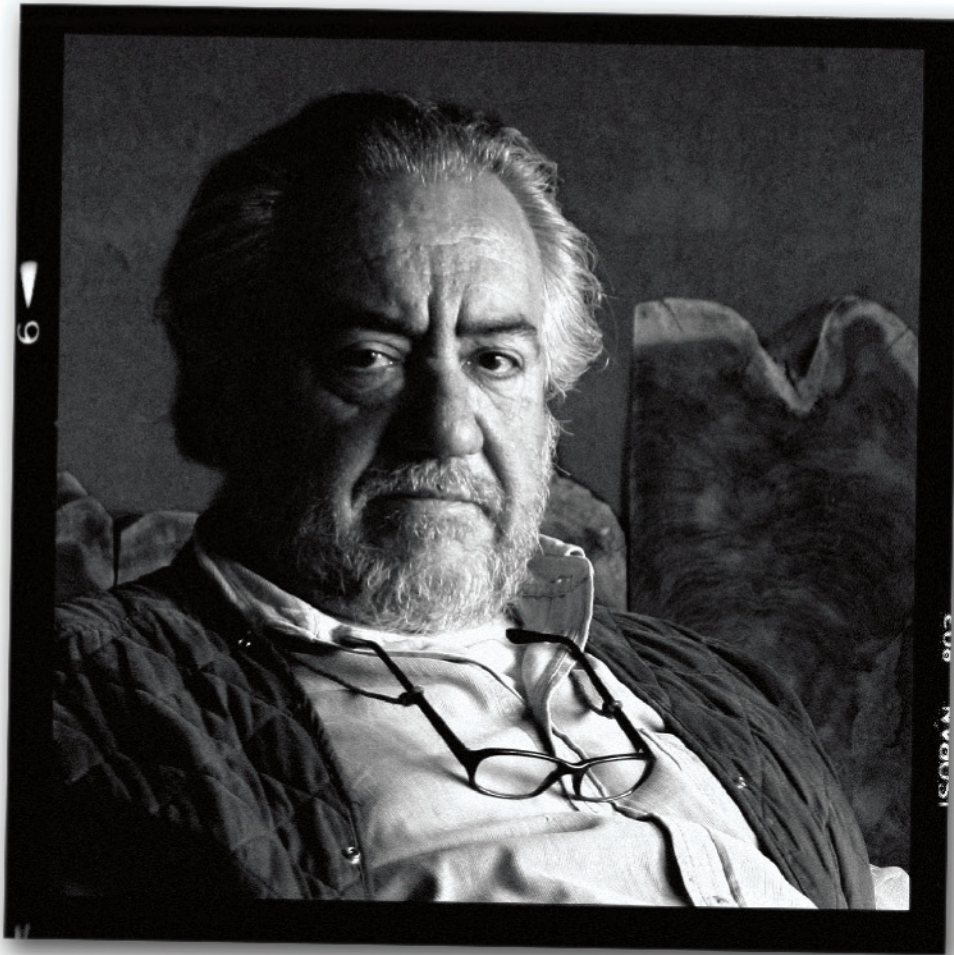
La única diferencia con los edificios neoclásicos creados en los tiempos del parque Stowe, es el estilo arquitectónico. Una disposición moderna de materiales disponibles, principalmente madera, comunica ya la presencia y la intervención humanas. Estas intervenciones sobre el paisaje son, por ahora, las señales modestas de distintas influencias humanas, pero podrían llegar a ser las grandes guías para desarrollos tecnológicos de gran escala, ya sea con propósitos económicos o para el despliegue de un determinado argumento sobre el paisaje. La tecnología es, para ambos casos, similar.

Ed Van Hinte

MSc. Industrial Design. Editor y autor para la Editorial 010. Coautor de "Lightness". Editorial 010. Rotterdam. 2005. Profesor Visitante en TU Delft. Es fundador de Lightness Studios, entidad que busca estimular el desarrollo y la aplicación de estructuras ligeras.
Correo electrónico: ejhint@wxs.nl







Patricio Court

Hay que saber mirar

Juan Diego Spoerer

Horas más tarde se levanta del sillón.

Se había dormido como en los viajes, con la ropa puesta. Apaga la guerra de las hormigas del televisor o tal vez dobla la página de la novela. Se amarra los zapatos y sale al rocío lechoso de las dos de la mañana. Conduce la máquina con sigilo y agrado oneroso. Son treinta kilómetros de la periferia al centro. Treinta kilómetros donde el paisaje lo dibujan manchones grises y negros bañados de neblina espesa.

En el centro la hija menor lo espera cansada y ansiosa al filo del último acorde de una fiesta más de la adolescencia temprana. La retina recorre las líneas del entorno, trazos que el rigor y el destrozo ordenan siempre de manera desigual. Esas mismas líneas negruzcas y sombrías, ocres y plumizas colgarán mañana en algún museo de Munich o Buenos Aires, aunque todo, en efecto, suceda en el Maule: un valle del centro que perdió el cetro en refriegas y empujones con el poder que, como se sabe, ubica el centro donde se le antoja.

Horas antes Patricio Court había preparado el sancocho y descorchado el vino. Y mucho antes sus ancestros habían llegado al Maule a construir los barcos que los llevarían de vuelta a Burdeos. Esto, claro está, nunca ocurrió. Los viajes de antaño nunca tuvieron un billete de retorno.

-Mi bisabuelo era arquitecto naval. Vino a construir barcos a Constitución y se quedó.

Después lo de siempre. Los amores, la descendencia, el encanto de una tierra nueva y prometida y el horizonte de lo que fue, cada vez más lejano. Así también se fue conformando el Valle Central: un universo nutrido de periféricos que articularon aquí su propio centro. Un centro relativo y mutante. Un lugar delimitado y a la vez infinito.

-Yo habito en la república independiente de Santa Rosa de Lavaderos y este es el Valle Central de mi vida, aunque el centro no es otra cosa que uno mismo. Y qué es lo que habría fuera del centro, supongo que la nada. La nada no existe.

Se podría decir que la pintura de Court es el reflejo abstracto del lugar que habita. Se podría decir que la delimitación, el silencio y el accidente de su entorno está presente en la estructura de su obra. Se podría decir que en el equilibrio de sus formas y la respiración del color, el Valle Central adquiere una expresión decantada: un mapa trasgresor y comprimido del paso de habitante y tiempo.

-Se podrían decir todas esas cosas. Tal vez sea así o tal vez no. No estoy haciendo una plástica del Valle, ni de ningún otro sitio. No obstante, puedo decir que sólo cuando quiero expresar algo rotundo utilizo el negro. El resto es pura tierra. En esta tierra están todos los colores que necesito.

Días antes. Viaje a la capital.

Patricio Court mira por la ventana de la máquina. La ventana proyecta ese paisaje a veces ordenado, a veces ordeñado, a veces agreste y casi siempre improvisado que es Chile. Un *orden anárquico* proclive, de igual manera, a la caricia y el insulto. La máquina se desliza alegre y sensual por ese orgullo nacional que hoy son las autopistas donde la modernidad se pavonea en cuatro ruedas. Caricias generosas sobre el asfalto que atraviesa puentes y ciudades uniendo valle con valle y centro con centro. La bofetada llega sólo días después cuando nos vemos transportados, otra vez a la antípoda. Bastaron horas de lluvia intensa para que la modernidad se fuera a la noche de los inicios y tuviéramos que cruzar, hatillo al hombro, como refugiados de otra guerra, por la senda estrecha que el temporal nos había dejado para volver. Puentes cortados, ríos desbordados. La periferia y el centro en una ensalada a la chilena de carcajadas y tragedia.

Al entrar a Santiago, la máquina se detiene en una de esas enormes tripas de hormigón que hormiguean el abdomen de la ciudad. Court se pone los lentes y examina las paredes de la tripa: sombras contra el muro, formaciones de humedad, de residuos aceitosos, de adhesiones y separaciones sobre el concreto.

-Mira -dice lacónico- aquí está lleno de cuadros míos.

Las contemplaciones de Court llevan a pensar en Lineo, que no estuvo acá. Y si hubiera estado, *la habría hecho relativamente corta*. Se abría largado tan pronto como la sorpresa le fuera lamiendo los tobillos en cada vuelta de esquina. El sueco llevaba en la sangre el ímpetu nórdico del orden a ultranza. Un ordenamiento que responde, más que nada, a la carencia y la necesidad. Una carencia que en los gélidos inviernos del norte marca la diferencia entre la vida y la muerte. El orden categorizador de Lineo es dictatorial y dogmático: esto ante lo otro por razón de uso – necesidad – usufructo. Categorizar viene del griego y significa *yo acuso*.

En el universo anárquico de estos valles Lineo habría sucumbido a la desesperación.

-Esto de ir del caos al orden y del orden al caos es justamente lo que hace el hombre que

trabaja esta tierra. Y eso se refleja en lo que hago. Ahora, cuando lo que yo haga sólo sea orden y abstracción, entonces mejor que me retire. Cuando esta búsqueda de forma pierda emoción, me voy.

Ya en la garganta flemática de la capital Court observa el universo febril de una ciudad que se entierra sobre otra. Con la mirada otorga un asombro generoso al nuevo entorno de habitáculos que se disputan el espacio a punta de codazos y empellones. Por azar, inercia o circunstancia había nacido un poco más allá, "en un lugar, perfectamente *urbano*: en Agustinas entre Miraflores y Mac Iver". "Por las mañanas pasaba un pregonero con cuatro burras vendiendo la leche milagrosa".

"Cuatro chorritos bastaban para asegurar un crecimiento sano y prodigioso". "Con la leche de burra yo ya quería ser pintor, pero en Chile habían muy pocas escuelas de arte. Las galerías de arte no existían."

El país de su infancia era pequeño: por el sur no se llegaba más allá de Concepción y el norte terminaba en La Serena. Los valles del centro eran un territorio insular en el que se emplazaba un Chile frágil y provinciano. El habitante era un Robinson suburbano con el ensimismamiento propio del isleño desligado del mundo.

-Recuerdo haber ido a fines de los años cincuenta a una charla en el "Club de septiembre". Iba a hablar un señor que venía llegando de Europa y el tema no era otro que su viaje. El orador era un señor cualquiera, sin especialidad ninguna. Había unas cien personas en el auditorio escuchando perfectamente embelesadas los lugares comunes de Madrid, Londres y París. Qué quieres que te diga: Chile era muy precario.

Y se fue, claro. Pero antes pasó por Santa Rosa de Lavaderos donde conoció a Ana, el amor de su vida.

Primero fue Francia, cerrando así el círculo que habían iniciado sus abuelos. No obstante, al establecerse en España Patricio Court entiende que su leguaje plástico requiere una vuelta de tuerca; una reflexión y, sobre todo, *una temporada en el infierno* para encontrarse con el centro que había perdido o que tal vez nunca había habitado. Allí comienzan a desdibujarse los últimos elementos narrativos o anecdóticos contenidos en su obra.

-El problema pasa a ser un asunto formal. La pintura no sirve para contar historias como el cine o la literatura. Al enfrentarme a esto estuve un par de años pateando y tirando cuadros por la ventana. Fue en Ibiza. Luego me dediqué un tiempo a pintar casas y a la albañilería. Después, poco a poco, fui encontrando lo que, supongo, andaba buscando.

-¿Y qué es eso?

-Volviendo a la albañilería, podría decir que se trata de hacer casas en las que no se permite la entrada de extraños.

Muchos años después y con una obra decantada, establecida y bien vendida, Patricio Court regresa a Chile. Con Ana y tres hijos pequeños se establecen en Santa Rosa de Lavaderos.

-¿Por qué?

-Porque había una razón familiar que lo exigía -dice sin detallar.

La casona del fundo se comenzaba a craquelar. Los animales cojeaban. El sembrado mermaba. Los habitantes habían partido uno tras otro. Y los recuerdos de lo que había sido el pasado esplendor se amontonaban los fines de semana arrullando las siestas de la tarde. Santa Rosa se caía lentamente a pedazos. Se caía pese al esfuerzo de muchos y a una energía que no lograba del todo encender los motores del despegue. Se caía como desde hacía ya tiempo también se caía el Valle Central de su investidura de patrono de la cultura rural chilena.

Pero un golpe de magia y buena intuición inyecta un antioxidante renovador en el cuerpo metastático de Santa Rosa. Ana Bustamante, la mujer de Patricio, decide plantar porotos. Porotos que nadie conoce y que nadie come en Chile. Porotos negros. La cosecha es todo un éxito y la producción, de más de cuarenta hectáreas, se exporta completa.

Hay un respiro. Santa Rosa tiene un segundo aire y Patricio Court desde su taller frente de las viñas, inicia una nueva gran etapa en su obra plástica. El espacio habitado y trabajado adquiere, además, un singular carácter de enclave artístico. Santa Rosa no sólo produce porotos, maíz, trigo y buenos mostos. Sino también literatura, cine, diseño y poesía. El lugar se ordena, acota y abstrae, y a su vez genera la energía obsequiosa de los espacios míticos y sin límite.

Hasta ahí todo bien. Pero unos nubarrones antiguos anunciaban la tormenta.

Toda familia ha tenido un incendio en el que no hay "seguros comprometidos". Una espada de Damocles que pende sobre toda existencia. Pende sobre las personas y los países. Pende sobre los amores y los sueños. Pende, tictaquea y espera el turno, como felino al acecho.

-Un día me avisan que se está quemando la fábrica de muebles de mis hermanos en Santiago. Prendo la televisión y efectivamente el noticiario lo está mostrando. Durante un par de minutos siento una congoja enorme por ellos pues estoy presenciando la pérdida del esfuerzo de toda una vida. De pronto, me acuerdo de mis cuadros. Toda mi obra anterior no vendida estaba almacenada allí.

Se quemó todo. No quedó nada. Primero fue un dolor muy grande, luego muchos dolores pequeños, pues se esfumó lo que en el fondo era mi sombra.

-¿Qué pasó después?

-Bueno, había que volver a comenzar de cero. Yo creo que con el tiempo ha tenido un efecto liberador. Me he sacado un gran peso de encima. En las fallas de Valencia el fuego tiene una connotación purificadora. Pero ir por la vida sin pasado y sin trayectoria fue muy duro. Durante años sentí como si me hubiera dado alzheimer. El tiempo terminó por consolarme y, desde luego, también la realización posterior de una obra totalmente nueva.

-¿Nueva?

-Sí, totalmente nueva. La abstracción de ahí en adelante ha sido aún mayor. La expresión es más desnuda y menos ruidosa. Yo creo que haber tratado de rehacer la obra anterior hubiera sido un suicidio. A veces me toca ver cuadros que se han salvado de aquella época y me quedo horas anonadado mirándolos, como si no estuviera del todo seguro de ser su autor.

Puede que la obra de Court no genere a primera vista la emoción que su autor persigue. Reiteradamente se refiere a sí mismo como un hacedor de imágenes. Imágenes en donde el mundo rural se va colando como un céfiro imperceptible en la materia. Son imágenes, por cierto, cargadas de emoción. La pregunta es cómo se manifiesta esa emoción. ¿Puede la forma en sí ser emotiva?

-Yo diría que la emoción está contenida en la materialidad, en la textura. Por eso yo no puedo trabajar con lienzos blancos. Lo mío es la tierra, la arpillera, la malla, la madera.

Tierra, arpillera, malla, madera: sustantivos femeninos y sensuales por donde ha pasado la mano del hombre, es decir, historia. Es decir, memoria. Es decir, fricción. Es decir, emoción.

Horas más tarde se habrá dormido en un momento en que la hora comienza a ser azul. Tal vez en ese sueño se darán cita las naves con olor a roble alquitranado de los emigrantes franceses. Naves que en el fango de la orilla de Constitución tejieron sueños de otros y de otra orilla.

También le harán visita los olores del fermento de la uva. Un olor púrpura con brisa del Maule que asomará en algún museo de otro continente. Deténgase, mire y observe dirá el guía al visitante: este es un trozo acotado del Valle Central del mundo. Pero seguramente ningún guía haya dicho todavía: ¡huela! En el fondo de esta obra hay un pejerrey sofrito por unas señoras que habitan en casas de arcilla prensada con paja.

Dormirá profundamente hasta un poco más allá del alba, hora y sitio en que la bruma le pone sordina a los surcos de la tierra, esos mismos surcos se le van tejiendo en el sueño y la memoria y estarán colgados en el salón de otros que ven en ellos otras huellas. Y tal vez, la emoción sea la misma o, a lo menos, diferente.

Un tren de carga pasará no muy lejos. Una carretera de trashumantes y hortaliza partirá en dos la línea ferroviaria. Él los oirá unirse entre sueños dibujándole una cruz a su memoria. Esa cruz o unión entre dos puntos servirá de descanso en el trazado de una obra que quizá, complete mañana.

El cuerpo duerme y la pupila siempre es insomne: de afuera hacia adentro, casi sin pestañear.

-Todo está ahí.

-Es muy simple: hay que saber mirar.

La Puntilla, Mayo 2008

Juan Diego Spoerer

Periodista documentalista. Sus trabajos han sido publicados en países europeos, entre otros Suecia, donde obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en 1999.
Correo electrónico: jdspoerer@hotmail.com

INSTRUCCIONES A LOS AUTORES

Alcance y política editorial

La Revista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca publica artículos relativos a territorio, ciudad y arquitectura cualquiera sea la disciplina de procedencia.

Mediante ella se pretende estimular la discusión y comunicación respecto del entorno habitado tanto al interior de la Universidad, como en la región, el país y el extranjero.

El Comité Editorial de la revista acogerá aquellos artículos originales, enviados tanto por académicos e investigadores de instituciones públicas y privadas, nacionales y extranjeras.

Los artículos son remitidos a evaluación de dos especialistas. La revisión por los pares académicos es anónima. El Comité contestará en un plazo de seis meses la decisión tomada, pudiéndose requerir aclaraciones o modificaciones de los originales. Una vez aprobado el artículo se publicará en el plazo más breve posible.

Forma y preparación de manuscritos

Los artículos deben ser originales, referidos a un estudio o investigación, que esté finalizado o cuyo estado de avance permita la comunicación de resultados.

Deberán tener, en lo posible, una extensión máxima de cinco mil palabras y su envío, a doble espacio, ha de incluir los gráficos, figuras, fotos y otros si los hubiere.

Las fotografías se enviarán en formato tiff, a 300 dpi, con 1000 dpi en su lado menor y con 16 bits de profundidad de color mínima.

Además, el autor deberá facilitar el nombre de la institución y dependencia en la que prestan sus servicios, grado académico, dirección postal y casilla electrónica. Cada artículo deberá acompañarse de un resumen en castellano e inglés y de palabras claves en ambos idiomas. Los originales no serán devueltos.

Las citas bibliográficas y comentarios al texto deberán ir al final del artículo, utilizándose para ello una numeración correlativa o bien un índice bibliográfico ordenado alfabéticamente. El índice bibliográfico y las notas estarán contruidos de la siguiente forma: apellidos y primera inicial del nombre del o los autores en minúscula, título del libro en negrita, editorial, lugar de impresión, año de publicación y número de página, en ese mismo orden. Si se trata de una publicación periódica, el nombre del artículo deberá ir entre comillas, el nombre de la revista o periódico irá en cursivas y se añadirá el volumen, número y páginas.

Envío de manuscritos

Todas las colaboraciones deberán ser enviadas en duplicado. Los autores podrán remitir sus artículos en disco compacto a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca, o por correo electrónico a la dirección: *reaut@utalca.cl*.

